



Miguel Angel Curiel
Manuel Quiroga Clérigo
Vanesa Jiménez García
Paco Morata
Lola López Díaz
Angel del Valle Nieto
Marcos Bravo
María Antonia Ricas
Jesús Pino
M^o Auxiliadora López Rodríguez
Joaquín Copeiro
Francisquillo
Anabel Gutiérrez León
Juan Carpa
Juan Carlos Pantoja Rivero

Ilustraciones:

Jesús García
Jesús Rubio

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 25. Toledo. 2004

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

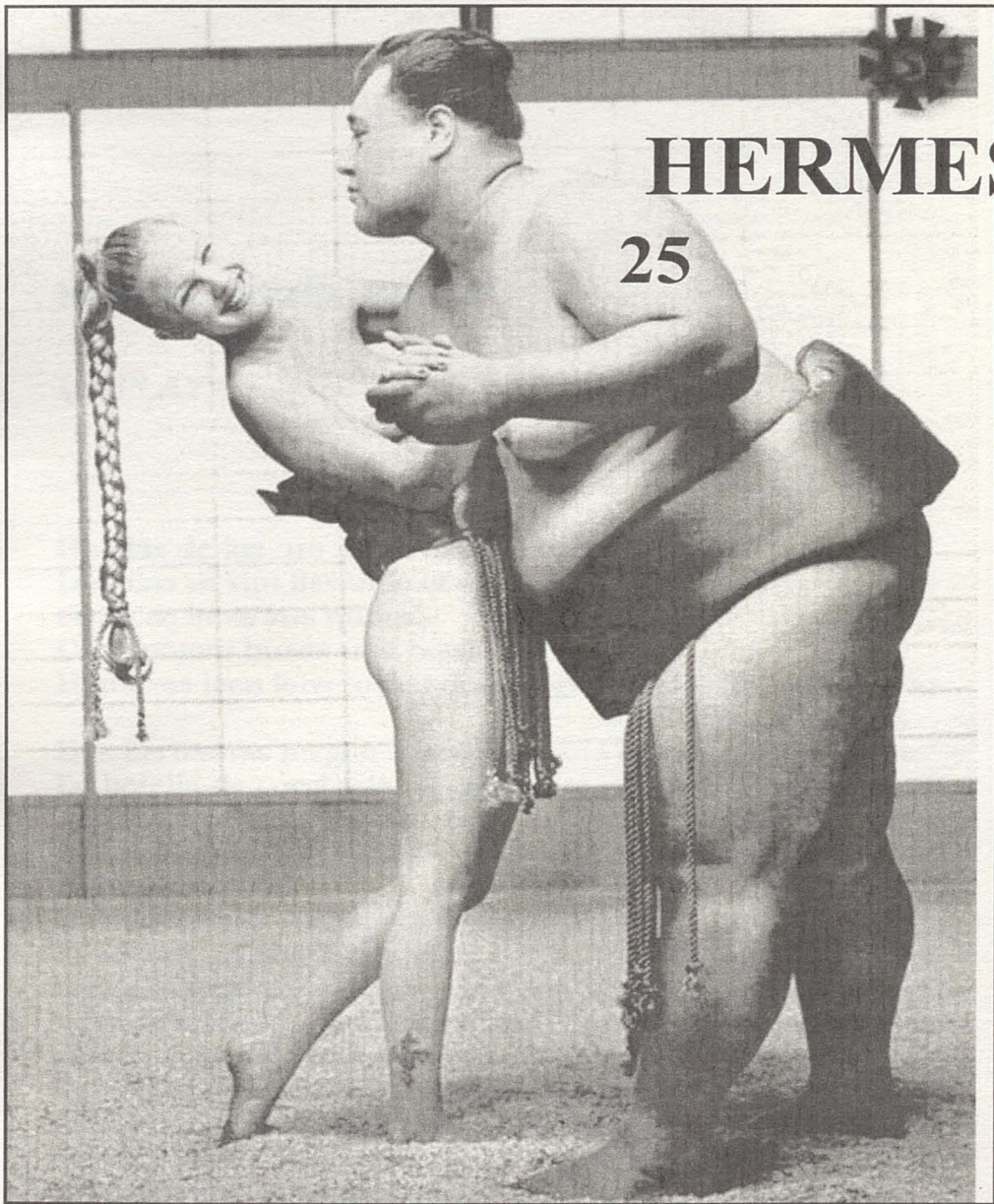
Consejo editor:

Jesús Pino
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz



HERMES

25

OTOÑO-INVIerno. 2004
REVISTA LITERARIA. TOLEDO

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

LA PLAYA

A María Antonia Ricas

Huellas de luz, un perro marino corretea.
Las olas se van llevando el día,
el día se lleva sus nubes.

Cada pájaro busca una boca.
Hombres leen letreros en dos lenguas hermanas, el mar lo
oxida.

Dos hermanas juegan a lanzarse una caracola en la arena.
La botella de coca-cola es eterna, el vidrio valía mas que el
oro en la antigua Grecia.

Nosotros mismos somos vulvas segregando algún tipo de
caparazón.

Hablamos con miedo, somos caracolas,
la coraza es frágil, es decir, muy dura porque habla del
hombre frágil de la playa, y ese hombre tan frágil dice cosas
muy duras; o se cuenta un historia que no tiene fin o le das
cinco o seis palabras a la nada (al mar)

Las dejass sobre el mar, mientras de pie, unos cadáveres de
cera junto a unos cubos llenos de peces
-como si todos estuvieran hablando a la vez,
los cadáveres y los peces-.

Dicen que al reír lloras,
se retira el mar, te alegras de poder recoger algunas palabras
que no son tuyas. La playa filtra el cielo.
Si una mujer se perfumara así te volverías ciego,
te tendrías que comer la nuez que lleva en su pecho,
borrarla con el mismo verso una y otra vez
-el día de verano que el día de invierno borró-
y por fin un vaso de leche de ballena para emborrachar a los
murmuradores,
a la plaga de hombres frágiles que hablan con dureza,
los hombres que pescan con sabanas y cebo de oro.

Alguien junto al barco desgüazado,
clava estacas romas
en la arena lamida,
estandartes invisibles.

Quisiera escribir en otra lengua, en la mas extraña de las
lenguas -no en esta- Fui a la playa a ver cielos absorbidos, a
pisar el cielo: almendros negros. Quisiera decir quien soy,
que hago aquí caminando desnudo: coger arena, marearme
con lo que digo y volverme ciego de silencio. El cangrejo se
sale de la jaula del canario. Esta es la sombra del hombre
desnudo absorbida por la arena: sombra en el cielo, palabras
en la nada, como una novela a cucharadas o un poema
inyectado. En la playa todo son oraciones, palabras tiradas
al vacío. A lo lejos entrena el equipo, descalzos corren por la
arena lisa, desnudos con su balón de nieve y sus cabezas de
nieve: ganen o pierdan estarán salvados, es el mismo camino
que se ve en el sueño, ya está pintado ese camino, solo se
puede borrar o borrar todo lo que hay alrededor aunque aún

no esté pintado: a los pocos días volverán a correr por está playa desnudos con sus cabezas de nieve hablando del infinito, ganen o pierdan sus cabezas de nieve en la sombra de la llama: esta es la única forma de entrar en los libros: comes nieve, hablas de nieve y de hombres sin nombre, pero hay una mujer que se ríe de sus manos en el rompeolas de bustos y pedazos de luna, e igual que las plantas de interior buscan la luz y así sus ramas y hojas crecen sólo hacia la luz, el hombre oscuro ve imágenes de claridad y sus palabras hacía allí se van: Rui Salgado pintaba heridas negras, una vez fui hasta Alemania para contemplar una exposición de su obra. Me habló de ella en el café Girasol de Nürnberg: son marcas, señales, la tuya, dijo, es como una palabra desdibujada, una palabra que al escribirse quisiera ser solo una herida en la nada.

Un nudo en mitad de la cuerda.

El primer día de frío del año se encendía la chimenea aprovechando los troncos a medio quemar de la última lumbre del año (Allá por Mayo sea por Octubre)

Hay tierras por las que el verano pasa como un viejo en llamas. Se llamaba a la vieja amante para que trajera las cerillas de fósforos verdes.

Se la hablaba desde el fondo de un vaso siempre que la lágrima de un elefante no cayera en el libro.

Decía: el corazón como la boya, las palabras como los pájaros: Al menos dentro de si alguien corre desnudo, corres y se detiene para vestirse

-encendía los fósforos en sus rodillas-

siempre hablaba de su estómago, pero escondía su nariz. Sólo de las partes duras de su cuerpo hablaba, de los codos con raíces, de sus manos.

Me preguntó ¿Cómo llamaremos al caballo? ¿Berlín o Praga?
Pero había pocos trozos de papel y muchos nombres.
El yo lo es todo: un álamo disfrazado de pino: he tenido
grandes rosas en la mano, monedas de barro.
Una vez fui una nuez, me comí yo mismo;
Tiempo-contratiempo, esto se ve muy bien en un río crecido,
el bulto de una mula ahogada se cruza con un pato.
Yo que ya no digo yo y tú que ya no dices yo -hablamos en
blanco y negro-
Para ella la postura antiromántica es sólo por naturaleza
romántica.
El desapego al honor y a las viejas artes ¿No muestra con
tanta radicalidad lo mismo? No se trataba de lo que se quiere
decir sino porque se quiere decir.
Ella decía: en este siglo que viene no habrá poesía, y menos
aquí, en Rhode Island.
No he salido del mundo,
No he salido de mi,
Me miro, me escucho: aprendí a hablar con los gigantes.
De esas bocas tan grandes salen murciélagos blancos.
Se los ve por Rhode island a caballo.
Esos perro tan pequeños que llevan las mujeres son como
caballos.
Para una fotografía montaron a un niño al lomo de un dogo,
Parecía algo irreal. El fotógrafo ató al dogo al pilar de una
fuente.
Los perros corren tras los patos.
Echaron a volar los perros tras los patos.
No sé, hasta que se pierden en el cielo, hasta pasar de una
herida a otra
(Y allí donde caigan los perros caerán los patos)
vuelan con las patas colgando y los ojos cerrados.
El perro humaniza al soldado, son un lote. Su esposa, su

perra. Lo deja herido de un mordisco.
Son pobres ¿De que hablan los pobres? De perlas y de coches,
de playas con cristales.
El perro humaniza al soldado. Hablan como posiblemente lo
hicieron los húsares
-Tantos pájaros, tanta fruta, tantas palabras,
Hay algo que no sabemos decir y es esto mismo-
¿No llamó alguien a las ovejas reinas de lo vacuo?
Ella encendió su cigarrillo y dijo: compró pintura blanca y la
vertió por las cimas. Da placer nombrar lo mas abrupto
¿Reinas de lo vacuo?
A las ovejas llenas de algodón se les clavó paja en los ojos.
Cada montaña tiene su juez.
La pesadez con la que hablan algunos hombres es para ti
ligereza de imágenes: licuas palabras en el algodón y gracias
a que algunas de ellas no pierden su belleza, sólo gracias a
que están muertas.
Posiblemente no haya nadie en aquel desierto que tú
imaginas.
El castillo en mitad de la arena.

El hombre en mitad del yo.
El pájaro volando para no caer.
El cielo lleno de parches amarillos.
Laurence, hijo de la nada.
Sus huesos en ese pozo de huesos de palabras.
Ese desierto que entierra a un animal amarillo.
Solo digo sol y los sueños que penetran en la ánfora para
jugar con pequeños dientes.
La rompes para que no haya sombra.
Vas con un soldado y un caballo,
Llamáis al caballo agua.
No tenéis otra palabra para hablar con Dios.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

MUNDO MUDO (La aventura de Manila)

Para Pilar, lejana.

En algún universo
alguien calla despierto.

PAGSANJAN, LA CATARATA

Sobre la selva, intensamente abierta,
o navegando los húmedos lugares
vamos serpenteando al centro del verano.
Suavemente se enfrenta esa frágil piragua
a las aguas perversas, a algún viento pacífico,
a tanta turbulencia incluso inusitada
como rodea al borde que sortea los rápidos.
El líquido elemento refresca la mañana,
organiza el desorden de la inmensa corriente,
va entablando un diálogo con las algas y el musgo.
La atmósfera es ahora vapor junto a las nubes,

raíces, líquenes, pececillos huyendo en desbandada.
Va transcurriendo el día con ese afán de agua,
con el espanto suave de la noble aventura
o ese intrépido esfuerzo de los hombres luchando
por alcanzar la cima inveterada, la mínima hondonada,
el abundoso lecho del rumor y la espuma restallante.
Está naciendo entonces el color del estío,
alguna mano hidráulica en medio del verdor
de tanto paraíso con sus gozosas aves.
Mientras llega la tarde con un olor a vida,
bañando las orillas de la selva impensada,
estremeciendo apenas a peces y silencios
del río caudaloso que se desliza suave.

Manila, 17-6-2004.

ATERIDA MANILA

¿Cómo encontrar belleza entre los barrizales?
Manila tiene un aire de ayer y de distancia
en sus calles abiertas, en sus patios cerrados,
en jardines oscuros, en la música antigua,
en gentes silenciosas, en perdidas sonrisas,
en su verde de siempre, acaso memorable.
Hay algunos paisajes de bahía y de prados,
interminables barrios de colores y sangre,
soleados rincones con hermosas muchachas,
el eco de algún tiempo de tranvías y flores,
la esperanza cautiva de los tiempos antiguos,
la lluvia almacenada, los espejos distantes.
Pedregosos resquicios, humedades intensas,

las infames columnas de pobreza y de nada,
unas noches de fuego redimiendo la histeria,
los ruidos infernales de un exterior inhóspito.
Todo es el ingrediente de la sombra cercana,
del día alborotado, el magnífico asombro
de jardines infinitos, cerrados.
Manila es una historia de rosales dormidos,
de frases olvidadas, de cautelas, nostalgia.
Se hace preciso hallar una puesta de sol
en el mar reluciente, en la tarde cohibida,
en todo un meridiano de sorprendidas sombras.
Caprichosas figuras de nubes desangradas
y esa leve sonrisa de niños sin futuro
nos regalan la imagen de las enormes fuentes,
de los árboles recios surcando carreteras
o cubriendo la infamia de las estancias pobres.
Manila es una rosa con el perfume roto,
la aterida novia que guarda algún secreto,
la torre corpulenta de raíces quebradas.

Manila, 18-6-2004.

ESTE QUIETO ESCENARIO

Surge ahora la lluvia sobre el mar remansado.
El Mar del Sur de China es una masa líquida,
mausoleo de rosas sin olor ni esperanza,
una sucia laguna repleta de disfraces,
la ferviente evidencia de la nada.
Ahora llueve y el mundo resucita en pedazos,
renueva la fachadas de hoteles y hospitales,

da color a las vidas vacías y estancadas,
va limpiando de polvo esta ciudad insólita,
devuelve la sonrisa a los niños perdidos,
esparce miel y luz sobre las embajadas.
Aparece la brisa en jardines y patios
y lleva la hojarasca muy lejos de las calles.
Como si madrugaran aparecen de pronto
las más bellas mujeres regalando a la noche
sus sonrisas perfectas con dibujos de sauce.
La Ciudad de Manila es el quieto escenario
de antiguas historias transparentes
y de obligadas y cercanas lágrimas.
Sólo innobles conciencias deleznable
prosiguen su labor, toda infamia,
de romper la alegría y procurar cansancio
a tantos habitantes pobres, desheredados.

Manila, 19.6.2004.

ES DOMINGO EN MANILA

Una brisa ligera asciende desde el parque,
desde los prados verdes y la avenida ancha;
desde unas palmeras luminosas, perfectas;
desde un jardín inquieto con sus mil emigrantes.
El día va tiñendo de color la distancia,
va inaugurando mares que parecen lejanos,
mirando con asombro la lluvia y sus cristales.
Toda la luz reposa feliz en la ventana
mientras la calma intensa reaparece
cercana.
De pronto resplandecen unos barcos varados

en algún horizonte.
Es domingo en Manila y el mundo sorprendido
se ha levantado tarde.

Manila, 20.6.2004.

MUDO MUNDO

Hay dominios intensos del dolor y la rabia,
hay rincones dormidos rodeados de odios,
hay suciedad y lágrimas junto a cerrados parques,
hay pestilentes aguas donde los niños juegan.
Inhumanas presencias circulan en sus cadillacs,
reposan sus cabezas en limpios edredones,
habitan paraísos de confort desmedido,
ejercen su lujuria entre sedas y oro,
amasan capitales con ajenos sudores.
Los mundos de la infamia están en esta calle,
ignoran la miseria de las gentes sin nada,
atesoran riquezas mientras los demás sufren.
Son los detentadores de poder y de honores,
hábiles poseedores de rosas y perfumes,
malvados criminales sin conciencia ni alma.
En sus limpios jardines cultivan bellas flores
mientras el mar contiene relucientes venenos.
Sus mujeres desprenden las mas dulces fragancias,
sus semejantes duermen en putrefactas sombras.
¿Cómo es posible aún que existan sociedades
con semejantes fieras invadiendo el silencio
mientras miles de seres fenecen cada hora?.

Manila, 21.6.2004.

LOS BREVES HABITANTES

La mayor ignominia renace en la calzada
donde mueren a trozos los breves habitantes
de la ciudad inmensa contaminada y triste.
Marginados, dolientes, las mujeres y hombres
son los agonizantes en la inmundicia intensa,
en la duda mas trágica, en la desesperanza.
El sueño les acoge junto a orines, basura.
Sólamente disponen de sábanas de niebla,
lencería invisible de mugre y de espanto.
Sus paraísos quedan reducidos a sombras,
sus pisadas se borran en las podridas aguas,
su esperanza se cierra al comenzar la noche,
su desamor regresa hacia la madrugada.

Los breves habitantes poseen la miseria,
las aguas desahuciadas, los venenos de siempre,
el sudor, la pobreza, lluvias, acantilados.
¿Qué pecado les trajo a este mundo de infamias?.

Manila, 21-6-2004-

LOS PRISIONEROS DE MALACAÑANG

Ahora aparece el sol sobre el plateado césped.
Manila resplandece sumisa con una luz intensa
como si renaciera de un mundo de esplendores.
Desheredados, niños, los pobres harapientos,
humildes vagabundos, esas gentes sin nada
pueblan Manila, campos, riberas miserables:
eternos habitantes a quien el sol abrasa
ni una sombra poseen, ni un pedazo de pan,

ni una cama limpia, ni un deseo soñado.
 Pero allá, en los jardines, muy cerca de las sombras,
 sobre prados inmensos, acunados por limpios edecanes,
 Malacañang esconde ávidamente celosías de seda,
 argentes ventanales que el bambú distorsiona,
 las lámparas celestes, el confort, el milagro.
 Allí sus habitantes no pisan las basuras;
 no respiran pacientes el olor del Pasig,
 la basura inmediata, el sudor de Manila,
 el sabor de los charcos pestilentes y antiguos.
 Los ciudadanos limpios, desmesurados,
 correctos, elegantes, perfumados, distantes
 (figuras de uniforme o suave terciopelo),
 no conocen siquiera la pobreza de siempre,
 el valor de lo escaso, las manzanas podridas,
 el veneno perfecto, el gasóleo quemado,
 las madres ateridas, los obreros del mundo
 maloliente e ingrato que la nada poseen.
 Los crueles habitantes de la seda y el oro,
 quienes beben el agua en sus vasos de plata,
 son sólo prisioneros de su codicia inmensa,
 de un infierno teñido de horizontes de sangre
 y flores moribundas, secas o asesinadas.

Manila, 22.6.2004.

ATARDECERES TRISTES

*"...porque allí no hay mañana ni esperanza
 posible..."*

Federico García Lorca; "Poeta en Nueva York".

Oleadas de flores, la niebla y sus espejos,
 insólitas presencias de hierbabuena y sombras,
 la madrugada dulce sobre el mar infinito:

estamos en Manila, alejados del bosque,
respirando los ruidos de la ciudad que nace,
recuperando el tiempo de un otoño sin música,
viviendo los desgarros de cielos siempre grises,
caminando pacientes por torcidos asfaltos.
No hay más quimera que ésta del ruido y el asombro;
de las bocas de riego mudas, encenagadas.
Es como revivir los desiertos de azufre,
volcanes que prometen el fuego y su condena,
atardeceres tristes frente a intensos verdores,
desolación y polvo enterrando el verano.
Vemos bronce, aluminio, los vacíos reflejos
del plástico y la ruina, los feroces tifones
horadando la magia de un Oriente impensado.
Queda mucha tristeza en las vacías fuentes,
en los niños que corren sin camisa y futuro,
en el olor a sebo de las comidas rápidas,
en el ardor furtivo de obligadas miserias.
Algunas geografías tienen músicas muertas
en su piel de huracanes.

Manila, 22..2004.

LOS DIAS DE LA IRA

A quienes en Manila tienen sólo la calle.

Lentos van transcurriendo los días de la ira,
jornadas de observar la miseria y la lágrima,
horas amanecidas en medio de la bruma.
Se hacen omnipresentes doloridos minutos,
los oscuros relojes del dolor y el ocaso;
las dudas y la rabia, el sudor, la violencia.

Vemos el sufrimiento tan cercano y tan acre
que los bellos paisajes se quedan silenciados.
Sólo sombras perduran de alguna historia dulce,
permanecen tinieblas de comunes pasados.
Hoy Manila ha olvidado los ecos, claridades,
de una lengua sonora que España le legara,
del amor a la vida y sus perfectos ecos.
Criminales presencias han borrado la huella
de aquel universo musical y pacífico.
Un complot de anglofilia organizó el presente
y negocios, violencia, van tejiendo el futuro
mientras siempre los débiles tienen sólo la calle.
Se suceden los días sin respuesta ni rosas,
las jornadas oscuras sin color ni esperanza.

Manila, 23.6.2004.

UN LUGAR HABITABLE

Vuelve ahora la bruma a conquistar Manila,
a mantener lejano ese mar plateado.
Luego vendrá la lluvia refrescar jardines
o el sol sediento y grave con sus lanzas de fuego
sobre las avenidas, los hoteles, las plazas.
Aún así permanecen los paisajes de luz,
los pasos distanciados de las mujeres bellas,
multitudes inmensas recorriendo las calles,
la vital alegría de los seres humanos.
Pero algunas tristezas se ensañan con los débiles,
regresan a la escena del crimen y la lágrima,
inventan geografías de inviernos y crepúsculo.
Por eso contemplamos dudosos paraísos,
infinitos parterres, las prisiones de oro,

encendidas mansiones que van coleccionando
futuros de ternura para sus habitantes,
las playas más dichosas, la música bullendo desolada.
Son las tardes intensas, los bellos horizontes,
las voces tras las puertas, las sombras inquietantes,
las ricas lencerías para hembras magnificas,
el poder y la fama acariciando dioses.
Sólo la bruma oculta el dolor y los sueños,
la cándida inocencia de los niños descalzos.
Tal vez mañana, un día, alguna madrugada,
la codicia se vista de la humana cordura
que permite ilusiones y despierta conciencias
y Manila sea entonces un lugar habitable.

Manila, 25.6.2004.

¿QUÉ SERÁ DE TUS PASOS?

*Para Jaime B. Rosa, Pedro J. de la Peña y
José María Fons, compañeros en Manila.*

Desde el cruel laberinto de una Manila inmensa
rodeada de fuego, de niebla, de lluvia, de sonámbulos,
llegarás hasta el mar tan azul a lo lejos
donde reina impaciente la marea metódica
con naves detenidas y olas expectantes.
Reinarás en las lágrimas de la gente sin nada
mientras los rascacielos son nidos de vidrieras
cobijando los bosques de oro, fragancias, jade.
En el espacio quieto de orillas desgastadas
irás reconstruyendo desiertos de cristal,
náuseas de geografías salvadas del milagro.
Vivirás el vacío de laureles antiguos,

de prisiones violentas y desolados parques
mientras tráfico atroz recorre carreteras,
jardines, ministerios, refugios, hondonadas.
Quedará la belleza flotando entre los mármoles
aunque espadas ardientes te vayan horadando.
Meditarás tranquilo junto al agua exaltada
con la felicidad de las gentes nocturnas
que van formando bosques de sudor y de sombras.
Inventarás las músicas de bambú y de ébano
conducido por carros de campanillas suaves
como si abandonarás mil fugaces estrellas.
Esgrimirás los sueños mas sorprendidos, ciertos,
recordando delfines atados a los barcos,
oyendo primitivos diálogos de espejos,
apresando placeres que acaban sollozando.
Vuelven los mediodías de vermut y de ausencias,
las tinieblas de siempre con olvidos antiguos,
los ajenos suicidios sin espadas ni sangre,
el rumor de otro tiempo siendo sólo más jóvenes.
Hoy vives, sin embargo, los júbilos perfectos;
emociones pausadas de cenizas y aceras,
el mundo soleado con una mar en calma.
Recordarás después este rumor de prados,
los jardines inmensos, los árboles silentes,
las libélulas libres, las palmeras gigantes.
Es porque están volviendo cocoteros, cipreses,
las primitivas fuentes, los trenes invisibles,
astucias, ventanales, la materia del sueño,
los deseos cautivos rodeándonos.
Quedan los horizontes, ambulantes abejas,
los trozos de domingo, los nombres inexactos,
canciones de la infancia, una sonrisa dulce...
¿Qué será de tus pasos cuando nada sea Asia,

cuándo vivas oculto en los torrentes plácidos
de algún Mediterráneo?.

Manila, 21.6.2004.

OLVIDADOS INVIERNOS

Te he soñado infinita en la noche perfecta,
bellamente desnuda de sedas y naufragios,
con el fervor creciente de fuentes y deseos.
Vivía por entonces la alegría del nómada,
los impactos profundos del amor y la tarde
apresando en silencio los trenes impensados.
Eres la primavera mas completa y ardiente,
difícil esmeralda ocupando silencios y horizontes.
Te he soñado lluviosa, elevada a distancia;
complaciente y hermosa, rodeada de estanques,
con toda la vehemencia de los días espléndidos.
Y los ríos corrían de tu boca a tu vientre,
de tus ojos ansiosos memorables y ciertos
a tu mundo de aromas, a tus pasos de ave.
Te he soñado buscando regresar a la niebla
y edificar jardines de perdidos relámpagos
igual que si apresáramos los dulces huracanes,
en un cielo infantil de olvidados inviernos.

Manila 26.6.2004

AMANECE DESPACIO

Amanece despacio. Es domingo. Van saltando los pájaros por toda la enramada. El aire abandonó los olores oscuros. Suave brisa recorre bulevares, neones, nidos abandonados.

Los niños juegan libres, ajenos a la nada.

Evitamos mirar los míseros rincones, la vergonzosa ruina, las aguas estancadas.

Es domingo y de pronto aparecen los gozosos amantes.

Verdes bosques de otoño van surgiendo deprisa en medio del verano mientras breves perfumes descienden imposibles de todas las terrazas.

Las humildes ausencias del dolor y las sombras

nos blanquean la luz, encienden los neones,

apagan las fachadas, trazan arquitecturas

para esconder las cárceles, disimula los sueños,

abandonan pecados de violencia y sucias tempestades.

Es domingo y ahora reaparecen las bellas mariposas

con su fulgor de rayo, su vida itinerante.

Manila, 27.6.2004.

RODEADA DE LUNAS

De las dormidas fuentes llega un néctar insólito a todos los rincones de la ciudad callada.

Es otra vez domingo y vuelven los sonidos

del verso y de la música, de frágiles instantes.

Descienden los perfumes de las alcobas plácidas

mientras Manila vive acicalada y triste,

rodeada de lunas, de nenúfares, luces.

¿Cómo vivir ahora la nube y la opulencia,
los sonidos de ayer y miserias sublimes,
las vivas luminarias de abismos y de espadas,
los peces moribundos en el río agotado?
De las horas antiguas regresan esplendores,
las estancias de pólvora recién inaugurada,
un verdor poderoso emisario de prados,
la historia suficiente de pájaros tranquilos,
el clamor renacido en palmeras y acacias.
Del tiempo de las flores regresa algún milagro,
ocasionales fiestas para las noches limpias,
los dulces huracanes de la lluvia y el árbol.
Luego ausencias eternas van olvidando olvidos,
los cauces asombrados de los nuevos jardines,
episódicos cantos llenan las madrugadas.
La ciudad se abre paso entre la niebla virgen,
regresa a los crepúsculos de ayer y de siempre,
deja abiertas ventanas a futuros más amplios.

Café Ysabel, San Juan, Manila, 27.6.2004.

LO QUE MIS OJOS VEN

Petroleros, cargueros, gabarras, los veleros,
barcos de pesca, un monte en la isla cercana:
lo que mis ojos ven son una parte ínfima
de la bahía intensa exhalando hoscas luces.
Es un lugar sin pétalos, adosado a las grúas,
los prados, las esquinas, bulevares.
Manila es, desde aquí, una ciudad sin alma,
un trozo de horizonte, todo el confín de Oriente

que permanece aún en los libros antiguos
o en tanta enciclopedia de la perdida infancia.
Son pedazos eternos de la lluvia hoy quieta,
el infeliz naufragio en que quedó lacrado
el poderoso invierno y su distancia estéril.
Desnudo, inexistente, aparece el verano
con su miedo al silencio en medio de las llamas.
Nos rodean palmeras, limpios metros de césped,
el Cónsul del Japón, algunos cielos frágiles,
conducciones eléctrica, los férreos monumentos,
hormigón, unos ángeles sucios, el paisaje.
Más allá otra isla recorta sus siluetas,
su noble libertad, su mundo distanciado.
Lo que mis ojos ven son parte de una historia
delirante y ambigua, deslumbrante y perdida,
dolorida y absurda, escondida y lejana.
Es tan sólo el recuerdo imperfecto y volcánico
de pasados otoños, de aureolas antiguas,
de una ciudad sin nombre y ya martirizada,
con el sol y la sal sofocándola siempre.

Manila, 28.6.2004.

INAMOVIBLES ROSAS

No hay demasiadas rosas en estos andurriales.
Será que el paraíso no se encuentra cercano.
Permanecen cerrados los bosques, las farmacias,
los ángeles pacientes, los lugares de luz,
las luciérnagas breves, los ciegos huracanes.
Van surgiendo las sombras bajo mangos, palmeras
o al ras de los prados ahora húmedos, verdes.

Pero hay tanta belleza recorriendo la calle
que parece un jardín de inamovibles rosas.
Vemos pasar las razas, las encendidas pieles,
los alientos cercanos, maravillados ojos.
Es como si volviéramos al lugar de los sueños,
a las ardientes zarzas del amor y la vida inquietante,
a esos labios que esperan el sabor de otros labios.
Vivimos geografías de violenta ternura,
de flores despreciadas, de las músicas quietas.
Intensas madrugadas de existencias caducas,
de arbustos, cocoteros o de recientes fuentes
aún permiten milagros de futuros abiertos.

Manila, 29.6.2004.

LAS NUBES ACECHANDO

Palpitante la tarde sigue sin detenerse.
Va reflejando ansias, ilusiones, deseos
en los rostros cansados de la gente sin nombre.
Músicas renovadas siguen dulcificando
los sonidos de lluvia, la desolada historia
de austeros y pacíficos viandantes.
Hay rumores maléficos sobre las avenidas,
los malolientes charcos, la bahía pacífica
ordenada y metódica, cercana.
¿Podremos desterrar la agonía y la duda,
la sensación de pena, el dolor y la rabia?.
¿Cómo modificar este entorno de umbria,
el lugar distanciado rodeado de lágrimas?.
Unas sombras acechan sobre los pasos cautos
prometiéndolo tal vez primaveras sin pausa.

Manila, 29.6.2004.

PRIMAVERA EN MANILA

Vuelve la primavera a estas geografías
donde sólo aparecen estaciones adversas,
ciegos bosques de nubes apagadas.
La primavera es hoy una fugaz sonrisa,
un moderado viento inventando la tarde,
la cárcel para el sueño que estaba renaciendo.
Es un aliento fresco y es un tranquilo árbol,
el momento impensado para pausadas frases.
Cuando la noche llega a ennoblecer Manila
surgen los contratiempos en las sombras de siempre,
sobresaltos y angustia en las húmedas calles.
Debemos recordar esos mundos cercanos
atados a un perfume,
los que se elevan dulces hacia cielos impíos
impidiendo naufragios.
Es la historia infantil de universos audaces,
de alguna libertad que no todos disfrutan,
de las puertas cerradas y las heridas abiertas.
Pero es primavera en la estación de lluvias
y tanto bienestar inunda los salones,
irrumpe en los jardines, acrecienta el sabor
de palacios y ocasos.
Si nos queda el recuerdo de las horas azules
será que lo importante es vivir los momentos
de cercanas estancias donde vive
el deseo.
La primavera existe en la crecida yerba,
en los muros antiguos y arropados,
en los rostros amenos y expectantes,
en los trenes secretos y veloces;
en los pájaros libres, moderados y limpios.

Sombras itinerantes van trayendo la noche
por los caminos breves de lluvias y de espejos.
Son espacios en llamas apagando tormentas,
una estación de aromas rememorando ayeres,
suficientes crepúsculos agotando
las fuentes.
Viene la primavera y entra por las ventanas.

Manila, 29.6.2004.

DESMEDIDA MANERA

La lluvia bienhechora da alegría a las calles,
limpia parterres sucios, aclara las ventanas,
permite a los viandantes ir hacia su descanso.
Con su breve huracán ennoblece jardines,
las fachadas, palmeras, los arbustos crecientes,
los detenidos ríos, los palacios impíos.
Una dulce humedad acompaña los pasos
de muy bellas mujeres
mientras las leves nubes van cubriendo los cielos
de invisibles señales de silencio y de noche,
de amenazas tal vez, de intencionado júbilo,
de continuas astucias, de antiguas lontananzas.
De repente la lluvia se transforma en tifón,
en vendaval, en viento, inundando los parques.
Todo es una violencia desatada y cruel.
Llueve de una manera desmedida y brutal.
Va creando valles de oscuridad, la impronunciada niebla.
Oculta la ciudad de sus cercanas gentes,
va vaciando la luz, apagando la augusta majestad de la
mañana.
En Manila la vida va transcurriendo siempre

de esa fugaz manera:
tal vez aterradora, tal vez inagotable.
Surge un vértigo olímpico y extraño
descubriendo paisajes, miradas tras la niebla,
manteniendo el rumor de la existencia
de forma memorable.

Manila, 1.7.2004.

ADIÓS MANILA, ADIÓS

Adiós Manila, adiós. Adiós ciudad esclava
del engaño y la ruina, de las tristes mentiras,
de la ingrata perfidia, del sudor infinito,
de las lágrimas ciertas.
Añoro tus jardines y tus gentes de sombra,
tu mundo adulterado por presencias extrañas.
Hay un mar que a lo lejos parece plateado;
cerca es sucio e inmundo, acaso desafiante.
Quedan sólo girones de una historia mas libre,
de las playas augustas y las rosas antiguas,
de aguas limpias y azules, aún no contaminadas,
de plazas y avenidas sin ser un laberinto
para desheredados.
Se recuerdan leyendas de los tiempos recientes,
esas suaves vivencias con rumores de gloria
cuando la libertad era algo sagrado.
Adiós Manila, adiós. Que te libre el futuro
de tanta oscuridad, violencia, vasallaje,
y que algunas conciencias permitan que algún día
renazca la concordia, la paz y la palabra.

Manila, 1.7.2004.

BANGKOK

Para Asela, en el regreso.

Ya vamos superando los caminos de Asia.
Desandamos los mares, islas, acantilados.
Olvidamos las calles de la ciudad inmensa,
de Manila y sus gentes agobiadas o estáticas.
Atrás quedan los vientos, la lluvia irrenunciable,
la permanente lluvia sobre el mar,
los más bellos semblantes, los árboles perfectos,
centinelas, abismos, unos ríos cautivos,
la infinita tristeza visitando el verano.
Las palmeras, los prados embriagados de verde
ahora quedan durmiendo
y se van alejando en la árida distancia.
Estamos bajo cielos limpios e itinerantes,
bajo el Bangkok de siempre con su olor a tormenta
y sus recios caminos hacia tres continentes.
Estrellas parpadeantes ofrecen su misterio,
su interminable luz, en esta noche asiática.
Los caminos, por fin, permanecen abiertos y profundos,
numerosos y dulces hacia cualquier destino deseado y
estable;
hacia un Occidente con sus músicas, bosques y mariposas
frágiles.
Todo parece ahora tal vez lejano y acre,
forzadamente antiguo,
inalcanzable y cierto,
permanente y antiguo.
Nos vemos al abrigo de la tormenta breve
o la calima larga,
después de abandonar cataratas y fuentes,
los refugios de aves, templos de piedra sucia,

los hoteles altivos, los mas sucios mercados,
los políticos viles, avaros comerciantes,
miserables personas, bucaneros, los héroes del poder,
asesinos del aire.
Atrás quedan escenas de miseria, los mundos ampulosos
del dólar y del oro, tristes anohecidas sorteando los
charcos,
festivas bacanales urgidas por el hambre,
universos patéticos de la culta codicia, territorios de gente
sin conciencia ni alma, los débiles
de siempre sufriendo eternamente.
Ni siquiera nos quedan despedidas amables
para quietas ventanas,
ni el murmullo de cíclopes cubriendo los espacios
fugitivos y ambiguos o tal vez
desandando las orillas confusas de unas geografías
terminales.
Permanece el deseo, la huella de la pólvora.
Oscuros paraísos se distancias de las torres doradas,
se extravían confusos en las tardes de mármol.
Ahora Bangkok. Después la claridad, la luz, París, Madrid,
los rincones perdidos, los castaños, acacias,
los bosques perdonados.
Después los manantiales, el verdor de la vida,
los símbolos de un mundo que se abre a la mañana.

Bangkok, 1.7.2004.

Pienso en ti
que, a lo lejos,
me pareces
distante.

Puntarenas, Costa Rica, 17.7.2004.

LA VIDA NO VALE NADA

Poseerás la noche y su vacío inmenso.
Los humildes poseen el vacío y las sombras,
son nudos propietarios de penumbras y nadas.
Otras ciudades tienen idénticos paisajes,
palmeras, eucaliptos, jardines con sus fuentes.
Cerca existen volcanes, manantiales, océanos.
Pero en la noche viven oscuras turbulencias,
la lóbrega miseria, las aguas pestilentes,
innumerables selvas, fieros acantilados,
los lagos numerosos, la torcida distancia.
Almacenan vileza en unas geografías
doloridas y antiguas, impensables.
No vale nada la vida en Manila ni en Managua.

Managua, 20.7.2004.

MANAGUA

Fueron bravos titanes organizando el orbe.
Delimitaron campos, ensenadas, volcanes.
Parcelaron los bosques, las horas, las ciudades.
Inventaron las calles, los sauces y los patios.
Durante algunos siglos construyeron fronteras,
Dibujaron bahías, zonas ferroviarias;
ensancharon después los prados, los estanques.
Se habían encontrado un terreno baldío,
con raíces podridas, alimañas, infamias.
Removieron la tierra con arados romanos.
Limpiaron de maleza la selva, los manglares.

Comenzaron sembrando árboles de la fruta,
legumbres, hortalizas, el maíz y la caña.
Pusieron eucaliptos junto a los precipicios,
las flores de malinche rodeando los valles,
cocoteros y plátanos en todos los caminos,
la limpia picardía de jardines pequeños
esperando la lluvia cerca de los hogares.
Fueron los creadores de un sorprendido espacio.
Alrededor del lago y en tardes despejadas
fundaron felizmente la Ciudad de Managua.

Managua, 25.7.2004.

VANESA JIMÉNEZ GARCÍA

BLOC DE MÚSICA

Obertura

Convocación constante y laboriosa:
tu sombra se diluye en la ventan[...]

*

Con qué contagio íntimo extremabas
(abierta la boca, el ojo incendio)
el hundimiento final con que nacía.

*

Suena la lejanía: el aire tiene medida y pesadez
Ahora ves en tu cuerpo la verdad: hay instrumento: hay
[partitura:
el verbo y aquella eterna vacuidad en que se guarda.

*

Le trae hacia la luz: así se duerme:
Ella sabe que bajo los tilos
su perfección descansa, su dolor descansa, su pie descansa.

*

Tu infancia se te anuncia:
la música escuchabas con la embriaguez del mártir
entre unas azucenas recostado.

*

Transparencia traspasada:
el limbo más eternal
que es de tu boca.

*

Al que tomó forma por noviembre:
un fuego primigenio le rehizo:
al que da el aliento el caracol crepuscular de mi memoria.

*

Ocultos también vivieron: cuando la sombra devoraba
nuestros miembros
Mostrándonos la voz llegamos:
como el ciruelo azul: iluminado.

*

La cieguera total revela todo:
tu consagración será
cuando en la penumbra halles las puertas.



J. GARCÍA.

PACO MORATA*ABRAZO*

derramada mi piel sobre la hierba
como la descuidada manta de un pastor desperezado
el vestido desnudo de una amante presurosa
entorno la mirada y me dispongo
a sembrarme sin riego sin semilla
en esta enredadera que se eleva hacia ti
como desesperadas raíces en el aire
crecen los veintiún artejos de mi cuerpo
a donde flotas tú casi una nube espesa
impermeable apenas sólida
al acecho del rayo de sol que quiera iluminarme
interpones la opaca la ondulada cortina de tus senos
amasados de tierra humedecida
el calor de tu sombra intercesora
y todo en el abrazo se detiene
si no es por el latido acelerado
descompasado pulso de nuestros corazones

LOLA LÓPEZ DÍAZ

LA PLAYA

El recuerdo. El recuerdo de aquel baño en la playa de B. una mañana de septiembre. Eso era lo que la había impulsado. El recuerdo nítido, perfecto, persistente. El recuerdo del día espléndido. De la luz. Del agua limpia. De la marea baja. De las olas (pequeñitas, rotas, estupendas). El recuerdo del tiempo que permaneció en el mar. Horas y horas. Gozando. Animal joven. Pleno. La mañana entera. Eso era lo que la había impulsado. Había querido llevarlo al lugar donde ella había sido feliz. Sin matices. Feliz sin matices. Sin peros. Y él también. En la orilla. Disfrutando viéndola disfrutar. Entrando y saliendo. Jugando los dos. Por eso pensó que aquél era el lugar ideal. El único posible. El que simbolizaba todo lo simbolizable.

No se le pasó por la cabeza que había pasado mucho tiempo, que podía haber cambiado. *Sólo las olas, el agua limpia, la luz.* No consideró la posibilidad de equivocarse. *Sólo la perfección, la plenitud. Él en la orilla.* Pero se había equivocado. Como tantas veces. Y sin posibilidad de rectificación. Porque no podía volverse atrás. ¡Después de todo lo que había discutido y porfiado! No le quedaba más remedio que apechugar... y tomar nota. Hasta la próxima. Al menos en eso era igual que él, que nunca aprendió, que

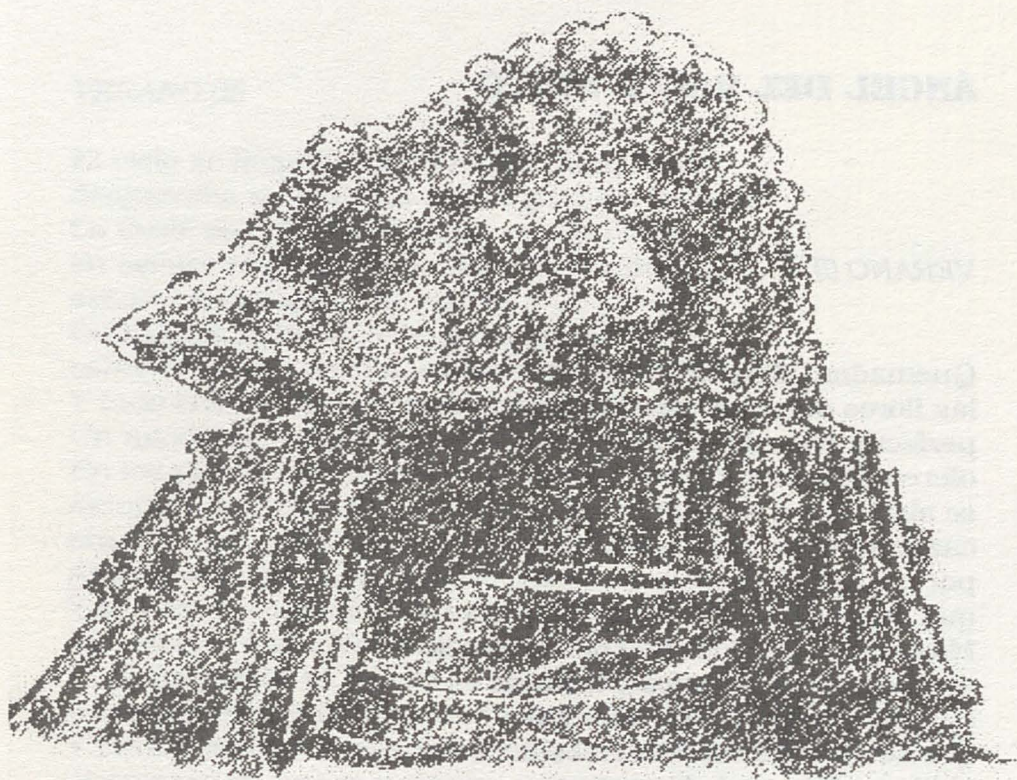
no escarmentó jamás. Tan considerado y tan buena persona siempre. Tan pendiente de todos. Tan pendiente de ella. De que no sufriera. De que estuviera contenta. De que fuera feliz. En la medida de lo posible, claro. Porque él era consciente de que había cosas irreparables. ¡Y tan consciente! Siempre reconcomido por la culpa. Pobrecillo. Él, que había sido la primera víctima. Porque estaba enamoradoísimo. Tan enamoradoísimo que se avino a todo. Que cedió en todo. Demasiado. Nunca tenía que haber consentido que la separasen de él. Nunca. En eso se equivocó. Con la mejor intención pero se equivocó. Y en la mujer con la que se acabó casando. También se equivocó. Por segunda vez. ¡Y de qué manera! Entre otras cosas porque no la quería. Y tuvo que aguantada a palo seco. Y en los hijos. En tener hijos con semejante bruja. ¿Fue eso una equivocación? Quizá él quería tener otros hijos, formar otra familia. Había que admitir esa posibilidad. O quizá lo había hecho por ella. Para que ella tuviera una familia. Una familia normal. Una familia que compensara un poco el ambiente en el que la había metido su madre. Porque su madre se la había llevado a vivir a una comuna. Su madre, su madre. Su madre había abandonado al mejor hombre del mundo y se había ido a vivir a una comuna. Con un cantamañanas.

Pero no quería seguir dando vueltas a lo mismo. ¡Siempre dando vueltas a lo mismo! Se apoyó en la barandilla del paseo y se concentró en la playa. Una costra espumosa de color marrón flotaba sobre las olas dejando una estela de plásticos y suciedad en la orilla. Había mucha gente. Y muchos coches. Y mucho ruido. Y chiringuitos. Y sombrillas. Y calor pegajoso. Y una luz hiriente.

Volvió al hotel.

Entró en su habitación y abrió el armario: seguía allí.

Se sentó en la cama sin saber qué hacer. La vista fija en la urna que contenía las cenizas de su padre.



I. GARCIA

ÁNGEL DEL VALLE NIETO*VERANO (I)*

Quemadas, abrasadas, se retuercen
las flores del magnolio. Su blancura
perfecta, ofrenda de pureza, vela
oferente de íntimos perfumes,
se abrió al sol de junio y casi ardió
cambiando su impoluta candidez
por un marrón oscuro
que lloran sus estambres.
Mas sigue el candelabro del magnolio
alzando entre charoles y lujurias
las velas recogidas de sus flores
que se abrirán, mañana o esta tarde,
al libar afanoso de la abeja,
al aroma perpetuo del amor.

VERANO (II)

El cielo se llagaba con rayos y relámpagos;
desgarraba su entraña con el grito del trueno.
La tarde se cubría con negruras de noche
en oscuro crepúsculo de luz e intermitencias,
señales mensajeras de ocasos y de auroras.
Doblegaba la lluvia, con rabia inusitada,
esbelteces de hortensias, humildades de lilas.
Y todo era tormenta y sentí un miedo nuevo.
Un miedo, en realidad, venido de mi padre:
En los primarios montes redondos de la Jara,
montado sobre mulas, cobijado por árboles,
era una presa fácil de rayos y centellas.
Apenas si tenía cumplidos los diez años.
Y le quedó ese miedo medular y totémico
que siente el hombre frente a la Naturaleza.
Y me acordé de él, recuerdo indestructible,
con más intensidad que en tardes más calmadas.
Y miré al blanco Cielo dónde sé que ya está,
al amparo de nubes y miedos y tormentas,
bajo el iris eterno de las lluvias tranquilas.

MARCOS BRAVO*HORIZONTES DE PAPEL*

1

Las claras se esbozan
como motas de silencio
en las hebras de tus labios,
estraperlos de tinta,
sumisos deslices
bañando las planicies.
Mezclándose la acuarela
de rayos y espigas,
seda y alabastro de viento
sin frasco que dar barniz.
La madera se viste
del tono de los poemas viejos,
arrugada triquiñuela
de zapatos de rocío
que embadurnan con sus dedos
de vítreos guijarros, los espejos
con la rima del pétalo abierto.
Sí, el día diserta su telón

con un periplo de ocres y escarlata.
Sí, solo quedan tres loas más
en las cuerdas para empezar a rodar.

II

Los cuentos silban en tu oreja
dibujando tallos como un niño bueno.
Retruécanos y calamitas de papel
se tuercen en tus manos,
delineando notas perdidas
para diarios de marineros en alta mar.
y ríes cantando poesía para tinteros,
morena de farruca melena
que tutea a los cuatro vientos
con mechones rebeldes
donde cuelgan los hilos de la lógica,
la materia de los inflamables,
los jocosos trucos del trazo de pluma.
Sí, niña que juegas con los interruptores
de mi corazón, creciste entre lino y risa,
y no puedes dejar de crear a tu antojo
pomos con acceso directo
allí donde solo los sueños y los versos maestros
pueden entrar con un estoque magistral.
Sí, imagen imposible de espejos,
solo queda un latido de labio
para dar paso a dos loas más.

III

Soy un pobre soñador
de remansos ahorcados

cada vez que no te siento
en mis humildes aposentos.
Y es que he aprendido a quererte
donde el amor se oculta en fotogramas
tras rejas de burdos versos de agenda.
De teatros y rodillos de canción,
de metales y ecuaciones, sé poco,
de nanas y filosofía entiendo poco,
pero de amor, amor, te siento a ti,
de tu ventura creciente y valiente
voy aprendiendo a ser ágil en las tormentas,
de tu risa iridiscente y del afrutado iris
que cuenta todo aún sumido y taciturno,
voy aprendiendo a encamar lo divino y lo nocivo
apurando mi corazón a un último verso
para tu colección de espacios vacíos.

IV

El vaho de la métrica erigida en plata y zinc
ocupa las gredas y las jambas del horizonte
con su mano ancha, deslizando sacramentos
en los retozos de almohada. Y besos de algodón.
Adiós, mulata de cante suave,
cuida de este atuendo con el que te visto,
que no se mancille tu carita de criatura graciosa,
que nunca planee tu risa con bamboleos lentos,
sigue rodando y volando con afán de gigante
donde solo los cráteres de la luna
acunen tu imagen y no divague a la deriva.
Siempre te amaré hasta mi último aliento.



I. GARCÍA

MARÍA ANTONIA RICAS

Un avión vadea las nubes,
se sabe por el trueno sostenido,
y pregunta mi madre dónde va
con extrañeza niña y griega.

Mis años son más viejos que su gesto,
grata perplejidad suaviza
cualquier descreimiento que la aceche
desde lo que ha tocado, desde
antes de ser mi madre, antes, lejana,
y reserva su terrenal
postura
para el instante de la magia
aérea.

Cruza el avión y mientras quiero
conseguir un pasaje en su distancia
ella se asombra y se aproxima
breve a la edad de los olivos.

En esta antigüedad del desengaño
que me separa de lo prodigioso,
¿persiste aún una fisura
por la que pueda entrar la hechicería

de una mirada que, admirándose,
pregunta?

¿Y qué mirada griega y niña
hecha de tierra maternal
y arraigo
dudará de un sonido sobre nubes
e inventará un encantamiento
que dé razón de los viajes
izados,
que dé razón de una rara tormenta
y de su altura?

2

...Me refería a la alegría
que viene con un cuenco de cerezas
cuando no la aguardábamos.

Una muchacha que desdobra
su pañuelo de pluma: llega el viento,
se le antoja el color,

lo roba, esa chiquilla corre
mientras ríe, consigue casi alzarse,
casi alcanzar la seda,

y vuelve, al fin, tras haber sido
jugada por el viento, engatusada
por un viento casual
que ha querido gustar de su hermosura.

La alegría balanceándose
en las pestañas de los dioses, puro
acaso sobre el tiempo,

azar sin lesivos ardidés,
simple canción ventosa conmoviendo
un pentagrama gris,
puro albur de un asombro.

...Me refería a la alegría
que viene de visita repentina
y nos trae un obsequio,

y todo cambia en torno nuestro,
y sin necesitarla ella se afruta
mejor que los jilgueros
con sus secretos vaticinios.

Me refería a la sorpresa
de la alegría que nos brinda un barco
para un mar no esperado.

JESÚS PINO

Hagamos texto. Abramos las compuertas del diccionario interno y soltemos el caudal de palabras embalsadas. Como el chorro de un pantano o el vértigo de una cascada. No detenerse. No rectificar rumbos. Escribir. Sólo escribir. Porque si al uno le sigue el dos, a la palabra urdimbre, ¿cuál le sigue? A la palabra terracota, ¿cuál la precede? Hay alguna relación obligada, obligatoria? Todo es un cataclismo verbal. Únicamente la no interrupción es el fruto de la condenada rebelión contra el aburrimiento de la rutina. Inventar la escritura. Inventar la ceremonia de la escritura. Inventar el pórtico donde se manifieste la ceremonia de la escritura. Que la mano no deje de escurrirse sobre la hoja de papel. A Doroteo Castelo Mino, alias corbata, la espalda le dolía desde el amanecer hasta las tres menos cuarto de la tarde.

-¿...más o menos?

-No, señor. Hasta las dos cuarenta y cinco en punto.

-¿Exactamente?

-Exactamente.

A Doroteo Castelo Mino el dolor se le expandía desde un punto situado por debajo de la cintura y en línea recta con la raja del culo hasta la primera vértebra cervical. También es verdad que el dolor era soportable, un dolor llevade-

ro, cordial y doméstico.

-¿Qué tal, Doro?

-Bien. Vamos, quiero decir como siempre.

-¿Y esa espalda?

-Ahí está, con su jode-jode...

El dolor de espalda de Doroteo Castelo Mino proviene, según él cuenta, de acarrear fanegas de trigo desde el carro hasta la cámara. Tres pisos de empinada escalera.

-Alguna vértebra...

-Podría ser.

-¿Y el médico...?

-Quita, hombre. Al médico no le molesto por esta tontería. Ya se pasará. Y si no, ya me iré acostumbrando.

A las tres menos cuarto en punto, el dolor le cesaba de repente y no regresaba hasta la nueva aurora.

-¿Y no te duele por la tarde?

-Absolutamente nada.

-Pues ya es extraño...

-Sí, extraño sí. Pero así están las cosas.

Cuando los vecinos preguntaban al galeno por esa puntual y aliviadora cesación del dolor de espalda del Doro, éste respondía que bien pudiera ser un proceso psicossomático, y que al igual que había venido podría desaparecer en cualquier momento.

-El ser humano, amigos y convecinos, es complejo y misterioso. Y una de las mayores perplejidades es la imbricación del espíritu con la materia, quiero decir, del alma y el cuerpo.

-¿Y si fuera por el peso de las fanegas?

-¡¿Es que no pesan, mi ignorante interrogador, las fanegas a las tres menos cinco?!

-Ahí sí le doy la razón.

Doroteo Castelo Mino arrastra su dolor de espalda de a

media jornada con apacible resignación, sin dar la vara a unos y otros con quejas, trajinando su vida con dócil serenidad. Doroteo Castelo Mino gusta hablar con sus amigos del tiempo, de los pájaros y de las muchachitas jóvenes, esas que se pinzan el ombligo con tuercas y tornillos.

- ¿Y esa espalda, Doro?

-Ahí va. Como siempre.

POEMAS DE ANDAR CON CHANCLAS

I

Funciona.

Introduzca su tarjeta.

Marque su número secreto.

¿Retirar dinero?

Cantidad.

Si es correcto, continuar.

¿Desea justificante?

Operación realizada correctamente.

Retire su tarjeta.

Retire el justificante.

Retire su dinero.

¿Desea realizar otra operación?

Funciona.

II

Buenos días.

-algo de educación no perjudica,

en cambio, presupone-

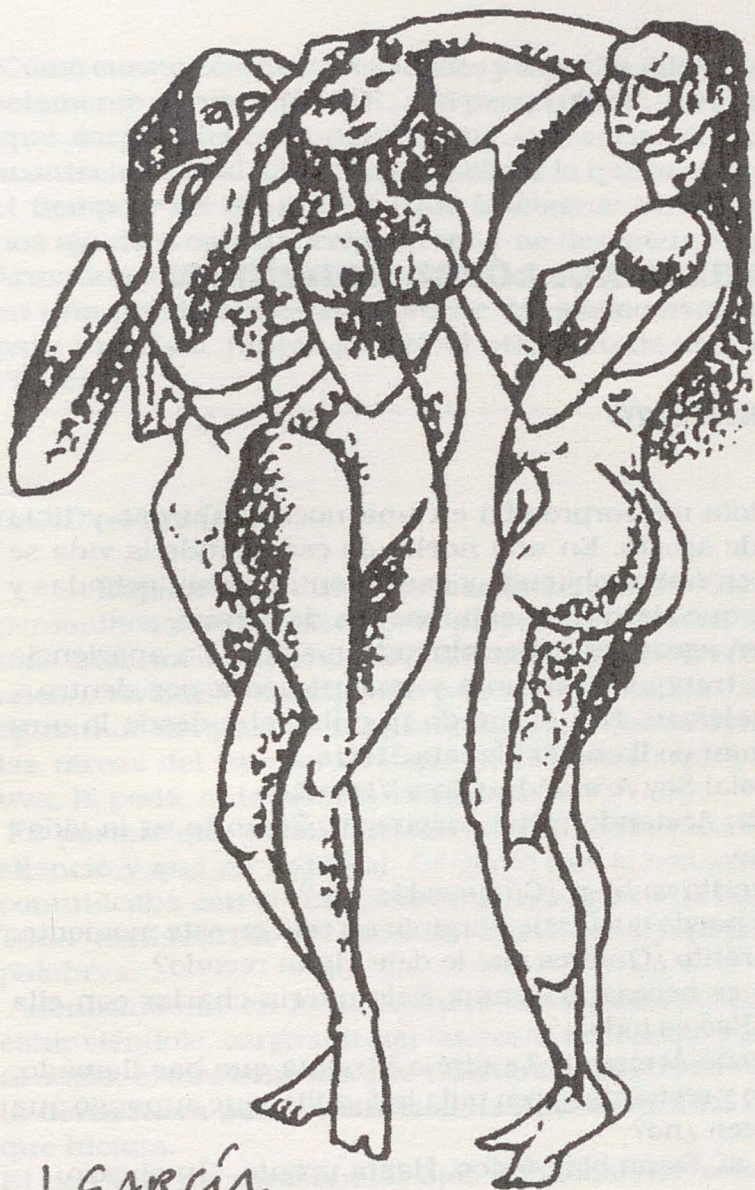
Una barra de pan.

¿Candeal o viena?

De picos, *por favor*.
-otro signo oportuno
que nunca desmerece-
Cóbrese.
Y exactamente das las dos monedas.
-De nuevo has punteado
con pleno y sabio acierto.
Y ahora...
Adios...(¡Perfecto!)
-¡que gusto dan
las relaciones puras,
sin alardes de esclavo
ni de patrón meloso!-

III

Contempla.
La yedra extendida en la blanca pared.
El cielo azul oscuro.
Es el anochecer del día final de julio.
Los pinos altísimos.
Ladra un perro en las cercanías.
Contempla.
Estoy leyendo a Chèjov.
Relatos de un hombre de provincias.
Apenas queda luz en el aire.
Pronto caerá la noche.
Cierro el libro y enciendo un cigarrillo.
Es el final de julio.
De improviso,
una estrella.



I. GARCÍA

M^a AUXILIADORA LÓPEZ RODRÍGUEZ

CIELO DE AGOSTO

La anécdota me sorprendió en una noche calurosa y tibia del mes de agosto. En una noche de esas donde la vida se dispersa en nubes oblicuas y ascendentes, deshilachadas y vibrantes que cierran un caluroso día de verano.

El cielo en agosto es especialmente mágico. En apariencia plácido y tranquilo, vibrante y ensordecedor por dentro... Sonó el teléfono. Era Armando que llamaba desde la otra cara del mundo llamado Planeta Tierra.

-¡Hola! Soy Armando ¿Eres Virginia?

-¡Oh, Armando! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo te va la vida? Soy Juana.

-Ahorita va bien ¿Cómo estás vos?

-No puedo quejarme. Virginia no está en este momento. Llegará pronto ¿Quieres que le deje algún recado?

-No es necesario Juana. Sólo quería charlar con ella un poco. Eso es todo.

-Bueno Armando. Le diré a Virginia que has llamado. Un saludo y recuerdos para toda la familia, que supongo que estarán bien ¿no?

-Sí, sí. Están bien todos. Hasta pronto. Un abrazo.

¡Cómo cuesta coordinar realidades y espacios diferentes desde solamente una perspectiva... Tu perspectiva!... y sin embargo ¡qué sorprendente el paralelismo que encierran todos los acontecimientos! ¡Qué mágica belleza la que los envuelve en el tiempo y en el espacio! ¡Qué fascinante intuición la que nos ayuda a confiar, creer, crear y no desentendernos!

Armando y Virginia se encontrarían pronto. Probablemente en una próxima y cercana noche del mismo mes de agosto para marchar, juntos ¡al fin! al otro lado de esta cara del Planeta.

CANO ¡el silencio!

Enjuto, alto, curvado, macilento... El tío Cano era la personificación del silencio, la proyección del mas allá en el mas acá, un fantasma real, laborioso y tenaz entrado en años... Vivía sólo, soñaba sólo y en silencio. Alguna vez, algún agricultor del pueblo le reclamaba para que le ayudara en las tareas del campo: la siega en el verano, en el otoño la uva, la poda, el injerto, la siembra...

Es posible que el tío Cano fuera sordo (ello justificaría su silencio y que no hablara). La gente que le conocía bien se comunicaba con él con monosílabos y gestos de las manos. Todo transcurría de manera sincrónica y perfecta sin palabras.

Adentrándome en los recuerdos de la infancia, me parece estar viéndole, cargando con las cosas del campo y la mirada al suelo, el aire concentrado y distante como si su misión en la tierra fuera pasar silenciosamente inadvertido, hiciera lo que hiciera.

El tío Cano no miraba a los ojos normalmente, sólo a la

tierra... a la que volvería no pasados muchos años porque yo ya le conocí viejo, muy viejo siendo niña. El tío Cano sólo miraba a los ojos para afirmar o negar con un movimiento leve de cabeza.

Una tarde sonaron las campanas a muerto. Sonaban por Cano, el hombre delgado y enjuto que volvía a la tierra silenciosamente, tan silenciosamente como había vivido todos aquellos lentos y largos años cercanos al olvido...

IRENE (mariposa inmóvil)

Irene, sin su hermana la Sebastiana, habría vivido pocos años porque dependía de ésta para todo. Ambas, en perfecta simbiosis, se transmitían la motivación suficiente para seguir viviendo. Los brazos de una, mágicamente parecían haber sido diseñados para ejecutar los movimientos de la otra.

Irene no se fue antes porque su hermana la retuvo unida, una y mil veces a su silla de ruedas, a las asombradas miradas de los chiquillos que habitábamos el barrio, a su corazón, a sus manos, a la niña de sus ojos... Así fue como sucedió que Irene sobrevivió largos años a las ruedas, al barrio, a la hermana, al pueblo... Sobrevivió, sí, porque fue su manera de ser y de estar una forma muy peculiar de vida.

Irene sobrevivía a la algarabía de los chiquillos del barrio enfureciéndose si se le venían muy cerca en sus juegos. Como si con su furor dejara ella escapar la rabia de no poder seguirles ninguno de sus movimientos, cual mariposa inmóvil por una macabra broma del destino. Sus aparatosos gruñidos nos asustaban y los niños corríamos hacia el lugar contrario siempre.

Sobrevivía a los movimientos bruscos pero amorosos de la

Sebastiana que la enclaustraban en la enorme silla de ruedas (creo que al final de sus días dispuso de otra más amable). Así, día tras día, la misión de Irene consistía en mantenerse tranquila, enorme sobre su enorme silla, apacible, sin más, casi sin ver, oliendo el movimiento del día, sintiendo la suavidad del viento rozándole los ojos semicerrados, entreabiertos...

La Sebastiana cargando y descargando su cuerpo... de la cama a la silla y viceversa... todos los días... hasta el final... que llegó cuando se hizo viejita (aunque a mí me cuesta creer que Irene tuviese alguna vez infancia) ...

Cuando se hizo viejita prefirió ser volátil, mariposa, pez, aire... en cualquier caso inaccesible a la inmovilidad.

JOAQUÍN COPEIRO

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Cuando por fin se levantó de la mesa, la sangre, ocupada aún en alimentarle ideas, no le llegaba con fluidez a manos y mandíbulas; y por eso mismo no había tenido arrestos para probar la comida preparada con esmero exquisito por la criada. Abandonó la mesa sin haber comido.

-Esta tarde iremos.

Las palabras del director del centro se le habían incrustado dentro del alma, y allí seguían percutiéndole todavía, a golpes de vértigo y culpabilidad. Y ahora sólo deseaba dormir, para que el tiempo transcurriera sin hacerse notar y le permitiera superar cuanto antes ese dolor que habría de afrontar cuando, dentro de unas horas, vinieran a buscarla.

-No se preocupe; nosotros nos encargaremos de todo.

Él creía que no había más remedio, que en casa ya no podía atenderla, que sería mejor para todos, incluso para ella misma, o al menos eso le decían los pocos amigos que le vivían, los especialistas, sus hijos, y en todo el mundo no hallaba sino gestos solidarios, comprensivos o, en algunos casos, cómplices; bueno, en casi todo el mundo, porque la

criada, la vieja y fiel criada, aunque con un silencio respetuoso, no parecía aprobar, a juzgar por el brillo singular de su mirada, el destino de la enferma.

-Esta tarde iremos. Y no se preocupe; nosotros nos encargaremos de todo.

Necesitaba descansar, echarse un rato, olvidar por un momento el drama en el que tan desagradable le resultaba interpretar el papel de malo.

Entró en el dormitorio y se tumbó en la cama sin desahacerla. El agotamiento pudo con él y en segundos el mundo de la conciencia quedó eclipsado por una historia de lobos, con una pradera azul y una luna redonda bajo el techo de escayola. La luna plateaba el soberbio cuerpo de un lobo, y su pelo, el del lobo, su cabeza, sus ojos, sus músculos presentaban a aquella noche de algas una armonía atlética y viril. Más allá del acantilado, la línea del mar.

Corría la brisa, y hasta el sueño parecía llegar el aroma del yodo y el sonido de las olas.

El lobo tensó el lomo, estiró sus patas, irguió las orejas y apretó la mirada al infinito. Olfateó la noche y un olor almidonado apremió el bombeo de su sangre: había percibido a su hembra al otro extremo del lecho. Sus ojos se iluminaron y una imagen por él anhelada se recortó bajo la luna: la de aquella hermosa loba que lo cautivó lunas atrás. El deseo de aullar y de ir a su encuentro desgarró su garganta reseca por la fiebre, y un grito reventó agónico entre las paredes de la alcoba. La criada, la vieja criada, no escuchó nada. La necesidad, agazapada tras las flores de las estrellas, se desplomó en el lecho. Sus músculos restallaron y un resorte lo catapultó adelante. Sus patas delanteras caían sobre la sábana y esperaban a que el impulso de las traseras volviera a lanzarlas cara al viento en salto formidable. Y así, una y otra vez, a gran velocidad, consumiendo metros de prado o de alcoba o

de lecho en tan sólo segundos.

Con la carrera desenfrenada y el escozor del viento hurgándole en los ojos, vio venir, rompiendo el horizonte, a punto de matarle el sueño, a la loba, lanzada hacia él, cortando limpiamente el aire que aún los separaba. Y entonces comprendió la razón de su existencia lobuna: correr hasta la extenuación junto a aquella hermosa loba que lo cautivó lunas atrás. Y en un momento supo que también ella había entendido lo mismo. Por eso, cuando la loba llegó a su altura y giró hacia el acantilado, el lobo frenó con tal energía su carrera, que se le desgajaron las uñas y las sábanas se sembraron de sangre. Con una cabriola poderosa que extrajo esquirlas del catre, cambió el rumbo. El salto fue gigantesco y por poco no da con sus mandíbulas en la roca del lecho. Sin embargo, la tensión del esfuerzo multiplicó la potencia y la velocidad, y ahora los dos lobos corrían emparejados en busca del océano.

Los saltos adquirieron calidades nuevas: eran de puma, cadentes, acompasados, firmes y elásticos, tal vez febriles, pero indoloros. Con sus cuatro pezuñas hollaba la hierba y su silueta se colgaba, túrgida y potente, entre las sábanas del viento. La loba iba a su lado y él la percibía gozando, ella, de sus mismas emociones.

El roce de la almohada en las orejas le impedía hacerse con los mágicos sonidos de la noche, pero los adivinaba, y los veía azules, verdes, centelleantes, cristalinos, estrellados, marinos, fugaces y vivos como la loba.

Los ojos le escocían y las lágrimas le enturbiaban la visión. Pero una acusada sensación de volar le fue anidando placentera, magnética.

Al ritmo de su carrera, la loba seguía junto a él, y un acuciante deseo de aumentar la velocidad lo empujó a apretar las mandíbulas, a golpear con más fuerza sus patas con

tra el lecho. Quería gritar.

En la escayola, la luna pareció sobrecogerse, porque su luz inundó de plata los lomos de los lobos. Y, entre los muebles de la alcoba, las olas y el viento entonaron su fuga. También las estrellas bullían en un torbellino vertiginoso y estremecido como en un cuadro de Van Gogh.

Los lobos corrían con más ahínco que nunca. Sus ojos cegados por la resistencia del aire ya no les escocían, y sus patas reventadas las sentían algodonosas y suaves. La carrera al infinito se mantenía ineluctable.

Por fin mujer, la luna, como en los cuentos infantiles, se mordía los labios; ahora quería detenerlos, librarlos del final que intuía. Le hubiera gustado adormecerlos sobre una nube de espuma.

Los lobos volaban sobre el lecho y se aproximaban sin remedio al filo de la tragedia. El abismo se abría al otro lado del acantilado, un abismo que los precipitaría a un destino compartido.

El viento, ahora también divinidad humanizada, se detuvo en seco, expectante y contenido, y el silencio se apoderó de la alcoba.

Finalmente, los lobos trazaron sobre la cornisa de piedra su último gran salto, el más formidable de todos, el definitivo. La luna se colapsó y una lluvia de plata acompañó la caída de los lobos hacia el mar y la muerte. Majestuosos los lobos como dioses prometeicos, majestuosa la lluvia de luz como fuegos artificiales. Un aullido rompió la noche y los muros de la alcoba crujieron. Tal vez la criada oyera entonces algo. El viento desató su furia y los árboles vieron desmenar sus ramas hasta que el blanco de las sábanas se trocó blanco aluminio, de pesadilla, y quedó cubierto de hojas muertas.

Silenciosa quedó la alcoba, y a oscuras, cuajada tam-

bién de una tristeza infinita. La conciencia de escapar de un drama agobiante le dio fuerzas para intentar abrir los párpados. Pero la angustia y el sudor habían trenzado sus pestañas. Sólo las lágrimas consiguieron desenredarlas y la luz alcanzó por fin sus retinas.

En primer plano, como en el milagro satinado de un cromó de cine, el rostro de ella aún le sonrió: el pelo de nieve, la nariz recta y unos ojos tristes y aún verdosos como el mar.

Se levantó del lecho. Mientras despertaba de aquel drama de amor y muerte, fue analizando sus claves: el amor, la muerte, el amor para la muerte, el tiempo infinito y fugaz, la muerte al final del amor, muertos de amor, corriendo, vertiginosos, enloquecidos, hasta la eternidad que es la vida, y el mundo estremecido por la muerte y el amor, siempre juntos, perennes en el amor y en la muerte, juntos por la vida, juntos hasta la muerte, aferrados el uno al otro y ocurra lo que ocurra, con un amor quevedesco, amor constante más allá de la muerte, porque serán ceniza, mas tendrán sentido, y polvo serán, mas polvo enamorado.

Acabó de recomponerse y salió de la habitación. Una mancha de sudor se quedó empapando la colcha y la almohada, indicio inequívoco de la pesadilla que había lacerado su alma y su cuerpo, desasosegante, húmeda y premonitoria. Al final del corredor, recortado su perfil contra la luz de la ventana, tenues rayos de una tarde envejecida, se mecía ella en la mecedora de rejilla, absorta la mirada en el sur sin saber ya por dónde andaba el norte, perdido en el tiempo y en el espacio el brillo de sus ojos.

Él dio unos pasos y se detuvo, apoyándose en la balastrada de madera donde moría la escalera que comunicaba con el recibidor de abajo. El reloj de pared le lanzó sus dardos envenenados: ya estarían a punto de llegar, según le anunciaron por la mañana. Un escalofrío de amor y remordi-

miento, también de miedo a la sábana de aluminio cubierta de hojas muertas, corrió escaleras arriba y pareció cortar de un tajo el hilo que, a través de la penumbra del pasillo, unía sus ojos con la silueta ya más entenebrecida de la anciana. Su cuerpo se irguió y sus piernas vacilaron con los primeros pasos camino de la salita donde ella acunaba su silencio sin sentido.

-¡Señor, ya estarán al llegar! -dijo la criada que acudía desde su dormitorio.

Él entró en la salita y se colocó junto a la mecedora de la enferma. Le acarició la cabeza y le deslizó sus dedos por la mejilla: la seda y el terciopelo, el cabello blanco y las arrugas tiernas. ¡Compañera del alma, compañera!

El traqueteo de un motor anunció la llegada de la furgoneta. Ella, muda, volvió el rostro hacia él, y dos lágrimas asomaron a sus ojos. Él le tomó una mano y le dio unas palmaditas; no pudo, sin embargo, sonreírle por más que lo intentó, porque el gesto se le desfiguró en una mueca de culpabilidad.

Un sonido estridente invadió la casa de despedida. La sangre se le heló, la respiración se le contuvo y la crispación lo paralizó en medio de la salita. Desde la puerta, la criada, que había acudido a abrir, le envió una mirada mezcla de súplica y maldición, con la mano en el pomo.

-Son ellos. ¿Abro?

-No, ya voy yo.

Pero entre el «¿abro?» ascendente e interrogativo y el «no» descendente y categórico, una luz le chasqueó en el cerebro y le quemó las entrañas. Salió de la habitación y bajó decidido la escalera, afirmando el paso de su vejez en cada escalón, como si intentara remachar peldaño a peldaño, una y otra vez, su última decisión.

A través de los cristales esmerilados de la entrada, aque-

llas sombras que desdibujaban sus perfiles en multitud de entrantes y salientes parecían brujas de aquellarre.

Su mano derecha empuñaba el pomo de la puerta, pero, cuando fue a abrirla, un timbrazo más vigoroso cortó momentáneamente su acción. Abrió al fin.

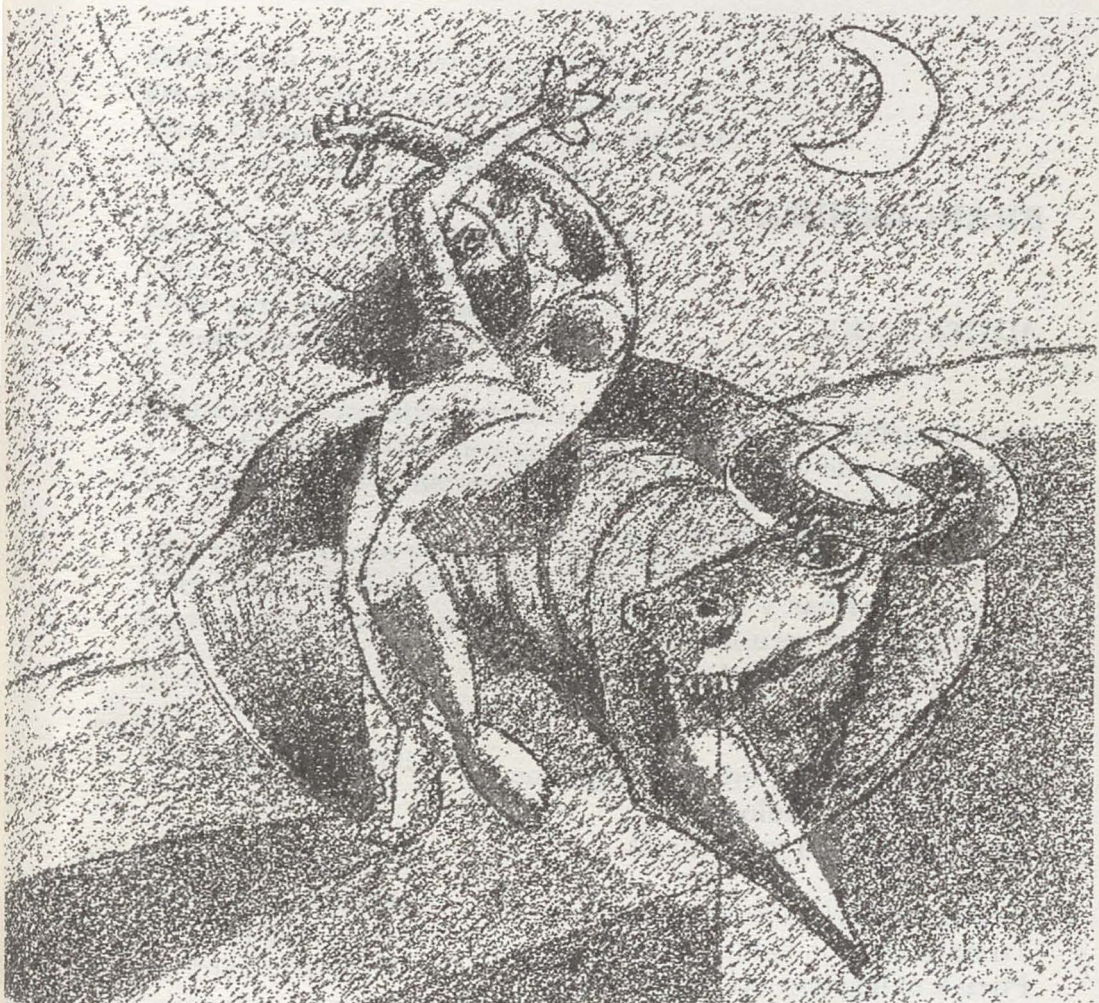
-Buenas tardes. Venimos a por su...

-He decidido retirar la petición de ingreso.

Ahora sí, briznas de esperanza se esparcieron por el iris de sus ojos tejiéndole, como al lobo de su sueño, una fina película que apenas le permitía subir la escalera a trompicones, adivinando los peldaños, la respiración agitada y el infarto a punto de bloquearle las válvulas envejecidas. Voló, como el lobo, sobre el suelo del corredor de arriba y penetró anhelante en la salita. Allí, cayó de hinojos junto a la mecedora. Ella sonreía, bebía sus lágrimas, y le tomó la cabeza entre las manos como si recordara el amor con que otras veces había repetido la acción. Se abrazaron casi hasta la muerte.

-¡Qué alegría, señor, qué alegría! ¡Mi señora se queda!

Un estrépito de mocos y sollozos entrecortó repetidamente la risa de la criada, la vieja y fiel criada. Mientras el trepidar de un motor se iba perdiendo en la lejanía, él se dirigió al dormitorio, retiró de la cama la maldita sábana de aluminio, hizo un rebujo con ella, abrió el balcón y lo lanzó a la calle con todas sus fuerzas.



I. GARCÍA

FRANCISQUILLO

ADICTA AL SOL

Eres futurible melanoma,
Eres churro de vueltas bien pasado,
Eres un firestone desgastado,
Eres un gran tizón hecho maroma.

Eres fea, birriosa y monocroma,
Eres monte en verano devastado,
Eres un pimientazo de colmado,
Eres Naomi Campbell (esto es broma).

Serás caso estelar en los congresos,
Serás del dermatólogo,
Estadística bien catalogada.

Y cuando el sol sofía ya tus huesos,
Tu entierro nos saldrá barato, mona,
Pues a él llegarás ya incinerada.

GALÁCTICOS

Madrecita, yo quiero ser galáctico,
De los que tanto mima Florentino
Pues currar todo el día es muy cansino,
Inútil, doloroso y poco práctico.

Madre mía: es grande fallo táctico
Decidir que estudiar es mi camino
Pues será muy mediocre mi destino
y ajado cual usado profiláctico.

Trabajar me resulta antipático.
Yo prefiero pegarme dos carreras
Y vivir como rico mercenario.

Que siendo torpe puedo ser mediático
Pues dominar las artes futboleras
Parece requisito secundario.

EPIGRAMA COMODÍN

Eres tonto del culito,
De baba y capirote,
Eres un toto del bote
también tonto del pito.
Tontorrón, tontín, tontito.



- LO BUENO
QUE
TIENE SER
UN
"DON NADIE"
ES QUE
NO TIENES
NADA QUE
PERDER...

ANABEL GUTIÉRREZ LEÓN

NADA MÁS QUE AMANDA

Mujer desapasionada fumando frente a la ventana. No. No encajo en el personaje, piensa Amanda, no me sirve.

Tiene el cabello suelto, se acaba de sacar los zapatos (con taco, a la moda).

Mujer desapasionada, excéntrica, fumando frente a la ventana: es lo que se siente. ¿Puede sentirse así una adolescente tardía incapaz de olvidar el rimel en las pestañas? Mujer desapasionada –repite– excéntrica, atemporal (se ríe irónica), sola y con la mirada perdida en un infinito detrás de la ventana, incómoda en el cuerpo de una muchacha triste y confundida y contradictoria: se pinta las uñas de prisa (pero se las pinta) para no quitarle demasiado tiempo («tiempo», éste es un concepto de importancia exagerada, está segura) a la lectura, a la contemplación idiota a través de la ventana. Mujer excéntrica, vuelve a reír: triste muñeca rota. Angustiada por compartir su momento en la vida entre dos seres antagónicos que la habitan. Fuerza insomnios para justificar folios de prosa tormentosa y desesperados versos. Cuánto de verdaderamente real hay en todo ello, se dice, deseando estar segura de una respuesta afirmativa.

No encajo en el personaje, piensa Amanda observando con sincero interés a las personas que seis plantas más abajo, no sospecharían ser objeto de tan concienzudas especulaciones, como si verdaderamente le importaran (le importan, verdaderamente, aunque en un plano más relacionado con la literatura que con su realidad). ¿Muñeca rota dije?, se pregunta. Muñeca rota con manos propias: manos propias creadas con palabras escritas por otros, se responde.

Amanda lanza el cigarrillo a la calle, pero no se mueve. Mira el periódico que abandonó sobre el sillón para escapar del inevitable impulso de sentarse en el lugar del entrevistado, responder (mejor que él, por supuesto) las preguntas del periodista de un suplemento cultural. Ahora, frente a la ventana, se cuestiona qué demonios hace reconstruyendo el recuerdo de una vida que probablemente jamás será suya. (¿Muñeca rota o la niña que rompió la muñeca?)

Y la mujer ésa, la que con un excéntrico desapasionamiento fuma frente a la ventana, tampoco le sirve. Ella, Amanda, es muy joven,... es una chica... Si en lugar de veinte y pocos, hubiera pasado los cuarenta y en lugar de Amanda, se llamara Armando, por ejemplo. No: un apellido sería más sugerente (más literario). Arteaga la describiría mejor, y una camisa con el cuello gastado en vez de la blusa con escote. Sube una mano del pecho hasta el cuello para dejarla luego en la nuca. Imagina un suspiro.

Si Amanda fuera el Arteaga que imagina imaginando respuestas para una entrevista ajena, no sería ridículo. No sería extravagante. No se sentiría extranjera dentro de un cuerpo juvenil y fresco. Sí, juvenil y fresco: qué asco. No estaría fuera de lugar en el lugar que está: la voluntaria reclusión en un sexto piso con ventana a la calle resultaría un escenario natural. Se acabaría el juego de la falsedad y la impostura. No tendría que esforzarse por encajar, dentro una

misma biografía, los labios pintados con el doloroso desapego a la vida; o las noches en blanco y sus turbulencias, con el sostén de seda...

Debería reconstruirme, piensa Amanda, aniquilar a la pública, quitarme todas las caretas para mirar de frente y sin vergüenza, olvidar a los espejos. Quedarme solamente con la verdadera: salir a la calle sin comprobar el maquillaje, cortarme el cabello y las uñas y darle el tiempo (el tiempo) que gasto en llevarlos bien, a la privada, la verdadera. No tener miedo a creer lo único que creo, lo que los libros dicen. Pero aún así, seguiría siendo ella: una adolescente desesperada por temores que le robó a la literatura. Una chica joven con alma de viejo lobo. Un cuerpo apretado en un contexto incoherente para sus necesidades. Una exiliada triste de un lejano pasado, el pasado lejano de los libros.

Quieta, levanta la vista: una ventana paralela a la suya, el edificio de enfrente. Imagina a su Arteaga ahí y, como haría él, coge el paquete de tabaco, saca un pitillo con los labios, lo enciende, lanza la caja sobre el alféizar sin dejar de mirar a la muchacha con expresión interrogativa que parece observarlo curiosa, desde la ventana de enfrente. Amanda regresa a su cuerpo y aprovecha para recogerse el cabello con una pinza que encontró en el bolsillo de Arteaga mientras indagaba el rostro de aquella jovencita ¿triste? al otro lado de la calle. Mira con los ojos de Amanda a los de Arteaga.

Le habría encantado estar dentro de aquel hombre maduro cuando su vista chocó con la suya, convertirse en sus impresiones...

Uno. Dos. Tres. Huye cobarde. No aguanta. Detesta su circunstancia, ser nada más que Amanda. Incapaz de ser solamente eso, incapaz de aceptar su estar siendo en el mundo, se esconde en la anónima figura del narrador omnisciente con una mezcla de exhibicionismo y voyeurismo.

La escena comienza a gustarle: dos soledades, se dice consciente de lo cursi del lugar común, como las de los libros, encontrándose a seis plantas de una absurda, vulgar realidad. Él terminará de fumar. Ella apoyará el brazo en el marco de la ventana. El silencio de cuatro ojos en el vacío será larguísimo; luego, bajarán. Será él, Arteaga, quien cruce la calle hasta su portal. Nadie dirá nada, los ojos fijos. Entrarán a alguno de los bares que hasta hace poco miraban sin intuirse. No hay necesidad de diálogo. No hay guiones en el relato. Ella podría enamorarse fácilmente... ¿Él? No está segura, pero tampoco quiere que la historia acabe en la cama... Alto, la historia se cae, igual que Amanda víctima de un error imperdonable: identificarse con su(s) personaje(s). (Se odia, sigue siendo la niña caprichosa que rompió su muñeca favorita: habría preferido preferir los coches: habría preferido preferir ser quien cruzó la calle).

Resignada (a la identificación) y resentida (por la identificación), admite que no sería tan fácil. Jaime es el nombre, es el hombre, la dificultad. Todavía ocupa espacio, es pensado con demasiada intensidad. Recuerda el rostro al que pertenece, lo busca en los libros de los estantes, en el periódico abandonado en el sillón, pero está sólo en el recuerdo de todo aquello, aunque el periódico sea posterior, igual lo implica. Su memoria la traiciona. Desearía deshacerse de ella, entrar en otra, pero... no encaja en el personaje... Mierda, mil veces mierda, sólo es una chica joven, una muchacha enamorada. ¿Dónde quedó la mujer desapasionada fumando frente a la ventana? ¿Dónde la niña llorona? ¿La muñeca rota?

Se cierran los ojos en señal de punto aparte y final. Prefiere seguir siendo Arteaga. Lo retira de la ventana de enfrente, renunciando a un romance que de todas maneras no habría funcionado (Jaime existe, demonios, existe aunque

duela). Los hombres como Arteaga (o Jaime) no se enamoran. O no de la forma que necesitan las chicas como Amanda (¿cómo?). Chicas que habrían preferido ser escritores viejos de otro siglo (como los escritores viejos de los libros de otro siglo). Renuncia a un romance imposible porque ella apenas es Amanda, y Jaime existe. Pero, por qué un romance, se pregunta... y si al menos pudiera parecerse un poco a esa mujer desapasionada fumando frente a la ventana... ella seguramente tendría otras necesidades menos indignas.

Vuelve los ojos a la calle: la gente entra y sale de los bares, de los comercios. Gente cómoda dentro de su cuerpo, su vida, su circunstancia actual; pero Arteaga no se ocupa mucho de ellos (ni de ella). Baja las persianas y desaparece de su vista, pero no de su mente.

Si fuera Arteaga, piensa Amanda, en lugar de haberse enamorado de Jaime, habrían sido amigos. Buenos amigos. Amigos como dos hombres, en los libros, son amigos. Beberían cerveza y fumarían en silencio; a veces, hablarían. Compartirían lecturas. Se enseñarían sus manuscritos. Se juzgarían sin el prejuicio de los amores no (o mal) correspondidos; se admirarían sin la sublimación de los enamorados sin límite. Sí, se dice Amanda, serían grandes amigos. Y los amigos no desean perderse (o serían rivales, lo mismo da, la relación sería de igual a igual). Amanda siente nublársele los ojos, pero este dato queda fuera de esta historia.

Jaime y Arteaga frente a frente. El bar tiene los manteles y las paredes pintadas de rojo. Hay fotos en blanco y negro con escenas de películas de la época dorada de Hollywood. Cuando Amanda aparece, interrumpen la conversación de la que ella no rescata nada. Silencio. Ella deja un sobre en la mesa, al lado de Jaime. Léelo cuando llegues a casa, dice y vuelve a salir. Jaime rompe el borde del sobre, saca tres

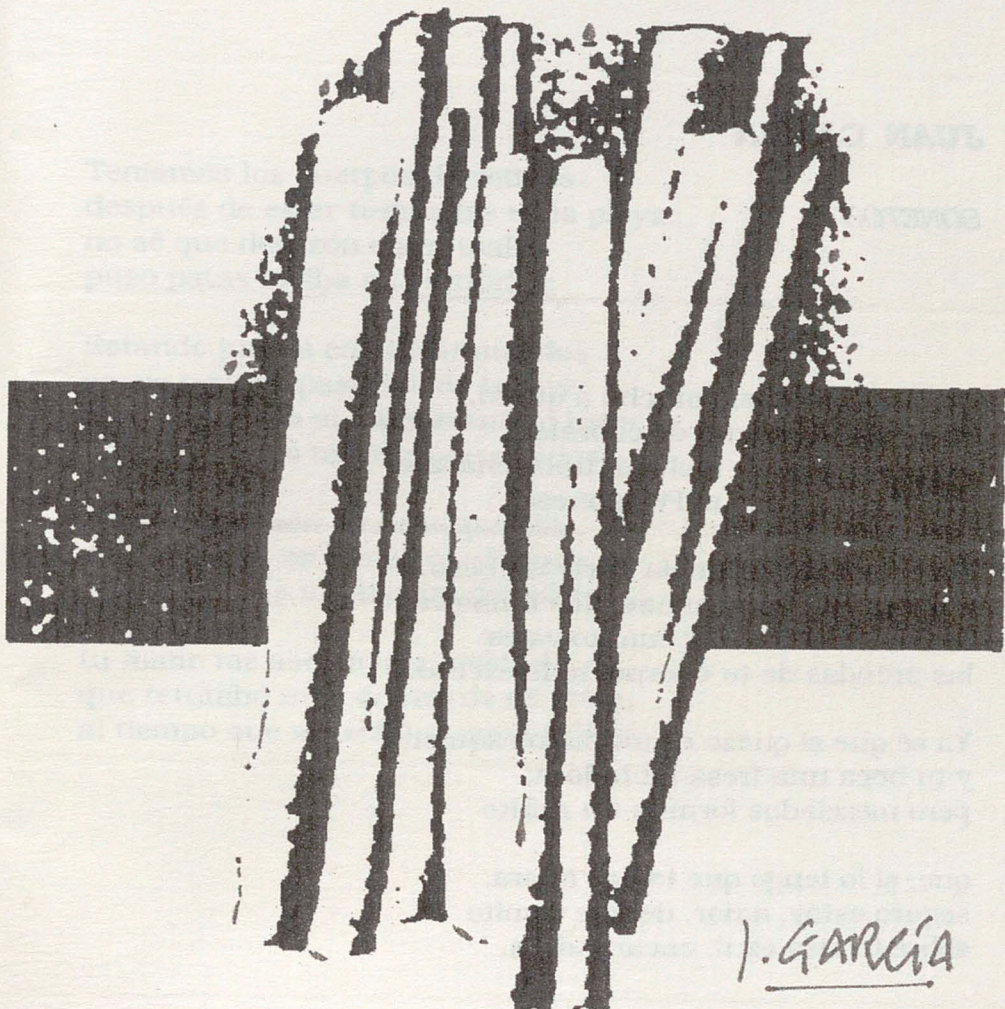
hojas de diferentes colores, las lee, las guarda otra vez. Arteaga llena los vasos y la conversación continúa en el punto donde fue abandonada. Luego –la cerveza y el tabaco desinhiben– Jaime le hablará de Amanda. De su amor, el de ella. De sus miedos, los de él. Sin hacer preguntas, Arteaga entenderá, asentirá. Jaime seguirá hablando.

La escena es posible, piensa Amanda, quieta frente a la ventana, deseando que llueva sin mirar al cielo despejado. Es posible en los cuentos que imagina y no escribe (por eso no le hacen entrevistas para los suplementos culturales, se reprocha entre paréntesis).

La escena es posible, repite sintiéndose sólo la íntima, la verdadera, aquella que irá a sentarse y dejará que las palabras llenen las hojas; pero entonces, si la escena es posible, prefiere ser ella: la mujer que Jaime recuerda. No, no. Preferiría ser Arteaga: el amigo que escucha y comprende. Testigo de las palabras de Jaime, de su dolor del amor perdido, de la mujer perdida, del dolor de la mujer perdida al haber sido perdida, del recuerdo del hombre que la perdió y la recuerda.

Sí, el papel le gusta: tendría que envidiar a Jaime, desear a Amanda, querer ser el Jaime al que quiere Amanda. Arteaga habría preferido ser Jaime para leer las hojas de colores que escribió una Amanda enamorada y sufriende. Volver a quererla. Beber del vaso recién llenado por el amigo que escucha y entiende, y hablar de la mujer que se fue sin casi decir nada.... No, así no, ella prefiere ser Amanda: la mujer deseada por el amigo, la mujer que Jaime recuerda para el amigo...

No, la escena no es posible. Nunca es posible: ella apenas es Amanda, una mujer que fuma frente a la ventana, deseando haber sido en otro cuerpo, en otro tiempo, en otra vida: una vida que después tendría que ser deseada por una muchacha triste que no sea nada más que Amanda.



J. GARCIA

JUAN CARPA*SONETOS*

1

El aliento te huele mucho a queso,
no sé si roquefort o de cabrales;
lo han percibido, incluso, unos chavales
desde su casa en el Peloponeso.

Me causa repugnancia darte un beso,
aunque a tu paso suenen los timbales
diciéndonos a todos cuánto vales:
las prendas de tu cuerpo, todo exceso.

Ya sé que el queso es un plato exquisito
y tu boca una fresa tentadora;
pero mezclados forman un refrito

que, si lo tengo que tomar ahora,
seguro estoy, amor, de que vomito
sobre tu risa azul, encantadora.

2

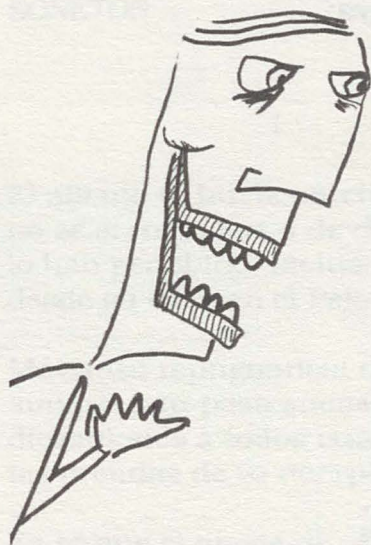
Teníamos los cuerpos derretidos
después de estar tumbados en la playa:
no sé que desazón en tu toalla
puso patas arriba mis sentidos.

Estando juntos en el mar metidos
se me ocurrió pasarme de la raya;
no creo que en el mundo entero haya
nalgas y senos tan bien esculpidos.

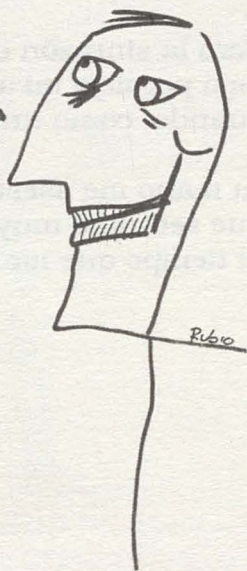
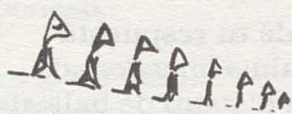
Pero la sinrazón de tu respuesta
dejó perpleja mi alma encadenada
cuando, como un disparo de ballesta,

tu mano me asestó una bofetada
que retumbó muy dentro de mi testa,
al tiempo que me echó al agua salada.

AHORA, YA
ENTIENDO
QUÉ ES ESO
DE LA
GLOBALIZACIÓN...



... HE
DESPEDIDO
A TODO EL MUNDO



2

llena de prejuicios
mendigo un vacío

sin acertar en las preguntas

un vacío como un espejo
mendigo para no saber dónde no estoy
para no mirar aquí
donde sucedió la ausencia

3

sujétame mientras huyo

ruido de puertas
-amenazas-
cerrándose nada

(¿es mejor cuando nada se cierra?)
(¿cuando nada se abre?)

sujétame
para no tener que escoger
al definirme

4

pliegues de polvo
trazados por el viento
y no soy yo
la que mira oye se enreda

engañada exclusiva

una memoria mía aprende
a recordar lo que nunca estuvo
y no soy yo

las formas buscadas me eluden
mis ojos cerrados me esconden
pero no soy yo

son siempre el resto

5

es el temor a la certeza
el que todavía
me deja arrullar la espera

la duda
es apenas
un sentido

redime cualquier mirada
que me verifique

6

olvidarlo todo por primera vez

poder siempre recordarlo

olvidar que recuerdo

olvidar que olvido

hacer de la memoria un espacio

de silencio

un lugar de nacimiento

donde puedan decirse

las palabras

en silencio, las palabras

el olvido del silencio de las palabras

ahí recordarán qué dicen

qué podrían decir

7

Desaparecer

borrarme y conmigo

mis ínfimas posibilidades

nada en mi lugar

-no un espacio vacío-

nada.

No estoy hablando de un silencio

sino de un leve cambio en los sonidos.

8

Yo era un monstruo herido
y mi cueva enorme
habría jurado

(donde había soledad
ahora
hay nada)

yo dije tantas veces, tengo miedo:
no tenía idea.

Yo, antes
temía sólo una sospecha

no supuse el frío
el fondo

la imposibilidad de nombrara al miedo.

9

de nuevo
sobre mis brasas de naufraga
me invento con piedad
y me vomito

10

tenía pedidos y miedo
sangre caliente en las heridas

buscaba calidez
no sé
una rodilla en mis caderas
un noche sin temor
sin asfixia

no pude abrir la ventana

11

Cerrar los ojos
mantenerlos cerrados
para ver nada. Nada
(todavía tengo que cerrarlos para intuirlos)

Esperar en negro, inmóvil, esperar
haciéndome espera, negro. Esperar
hasta olvidar que espero.

Olvidarme
sin cansancio sin pena
hacerme olvido paciente
vacío limpio. Solamente nada.
(cerrar es adentro y sólo ahí puedo llegar Afuera)

Cuando abra los ojos
 sólo después de haber logrado comprender la nada
 el afuera, adentro
quiero verlo todo por primera vez
hasta el olvido, hasta lo negro.

Recuperar mi ignorancia,
su inocencia.

Olvidar que he cerrado los ojos,
ignorar que los estoy abriendo.

Somos una
nación pacífica,
pero el enemigo
insiste en
no enterarse...



JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

LEONORETA Y LOS TIEMPOS DIFÍCILES (Episodio de finales del siglo XV)

Malos tiempos, Leonoreta. Tiempos de guerras y de pestes, de muertes y desolación. Tiempos de costumbres bárbaras, de vidas truncadas, de amores inviables; de tristeza que se palpa en la soledad fría y consistente de esta habitación tapizada de negro, sin más luz que la de un candelabro mortecino que lucha en vano por combatir la oscuridad de muerte que te rodea. Ni siquiera el consuelo de poder abrir una ventana, de permitir que entre a raudales la luz de ese sol que con toda seguridad alumbra los campos más allá de los gruesos muros del castillo, al otro lado de esta habitación que te encarcela sin remedio, que te impide hasta el contacto con otras personas.

Ya han transcurrido casi tres semanas desde que la doncella de Aviñón, Laura, tu más querida secretaria, entrara en esta misma estancia rasgándose las vestiduras, arrancando con sus propias manos las doradas hebras de sus cabellos y arañándose sin piedad el rostro, blanco como la nieve, que era y es la envidia de todas las doncellas que

habitan en tu castillo. Tú, Leonoreta, bordabas en silencio, junto a Francesca, la bella hija del duque de Saboya que pasaba una temporada en tu compañía. Recuerdas bien el sobresalto que te provocó la irrupción de Laura, el golpe de la puerta abriéndose con violencia y chocando contra el muro de la estancia, subrayado por los gritos de dolor y el llanto inconsolable de tu amiga. Os levantasteis asustadas, tú y Francesca, dejando caer al suelo la labor primorosa en la que estabais enfrascadas un segundo antes: casi podías oír los latidos escandalosos de tu corazón, Leonoreta, retumbantes en un lugar impreciso de tu cuerpo, en medio del llorar incesante e impúdico de Laura y de los gritos destemplados de las otras mujeres que la seguían, entre ellas la vieja Catalina, que te había criado desde la cuna y se desvivía por tu felicidad a cada momento. Enseguida presentiste la tragedia, supiste traducir el dolor que exteriorizaban las mensajeras. Y no te hizo falta escuchar el mensaje que te traían, envuelto en lágrimas y desesperación, para saber que Ricardo, tu esposo, había muerto en la batalla. Muerto en la batalla; esas cuatro palabras rebotaban en el interior de tu cabeza, sonando con más fuerza que si las estuvieras oyendo pronunciar, con el fondo dolorido de los lamentos de las plañideras, que seguían ejecutando la ceremonia del dolor mientras tú te desvanecías sobre el estrado, en brazos de Francesca, sin dejar de oír en tu interior la letanía de tu desgracia reciente: muerto en la batalla, muerto en la batalla... Y después nada, un silencio de tumba que no eres capaz de precisar cuánto duró, un tiempo de inexistencia que terminó al cabo, concretándose en un airecillo fresco que producía el ventalle con el que intentaban reanimarte las mujeres llorosas, y que acariciaba tu rostro con la suavidad de la seda, en el único momento placentero que recuerdas desde aquella tarde soleada en la que, junto a

la primavera, nacía tu viudez. Unos segundos tan solo: los suficientes para que volvieras a tomar conciencia del horror y de la desolación que habían llegado a visitarte, a instalarse en tu vida.

A Ricardo lo trajeron en unas andas otros caballeros, testigos de su muerte y del arrojo de su valentía al enfrentarse al enemigo, moviendo la espada con destreza, tajando acá y allá, matando a muchos de ellos. Quién sabe cuántas nuevas viudas llorarán también ahora, como tú, en las estancias frías de los castillos de Borgoña, de Champaña o de tu misma Provenza, pensaste entonces, Leonoreta, mientras te contaban cómo había luchado tu esposo, muerto y cubierto de heridas y sangre seca cuando el relato de sus hazañas llegaba a tus oídos de viuda reciente: inútiles hechos de armas en la frialdad de la muerte, frente a la imagen del rostro renegrido de Ricardo que te negaste a ver, pero que no te puedes quitar de la cabeza, tan terrible como si lo tuvieras delante, con todo el horror de la muerte dibujado en cada rasgo, en la mueca lúgubre que puso punto final a su existencia.

Recuerdas, Leonoreta, tus primeros minutos de viuda, aún cercanos en el tiempo; tan solo tres semanas, pero con la solidez y la amargura de tres años. Aquellos primeros minutos fueron una confusión, un caos de gritos y llantos, de movimientos rápidos y decisiones contundentes, tomadas por otras personas sin tener en cuenta tus deseos, tu dolor, tus lágrimas copiosas que quemaban tus mejillas pálidas de tristeza. Veías correr a todo el mundo desde el estrado, sentada e inmóvil en una silla, con las manos cruzadas sobre el regazo, silenciosa y reconcentrada en tu pena. ¡Qué joven eres aún Leonoreta! ¡Qué poco has gozado las mieles del matrimonio! A tus veintidós años ni siquiera habías tenido tiempo de saber lo que era estar casada; siempre las guerras,

los intereses de los poderosos imponiéndose a tus deseos de amar y ser amada; siempre Ricardo alejado de ti, luchando en otras tierras, haciendo de tu vida un vacío de ausencias y de esperas, de largas tardes en el estrado, mirando por la ventana la aridez de los campos, los montes lejanos en el horizonte sin nombre y sin gentes, solitario. Triste vida de dama reciente, aún con hechuras de doncella, en los límites borrosos de la niñez y la madurez juvenil.

Ahora, cuando parece haber pasado tanto tiempo, el llanto se te ha agotado, Leonoreta: solo queda una sensación de vacío, de sequedad amarga, de vida truncada, con el fondo negro de las paredes, de las colchas, de las alfombras y las cortinas que ocultan las ventanas cerradas; con tu propia figura, también cubierta de ropas negras, confusa en la oscuridad de la estancia, iluminada tan solo por las velas del candelabro, que proyectan fugaces puntos de luz con su claridad vacilante. La habitación negra, como la tristeza sin límites que te embarga, como el porvenir de estos tiempos terribles de guerras y de pestes, como tu destino de viuda joven abandonada en la sordidez de tu castillo, en un lugar impreciso de la Provenza, no muy lejos de los dominios de la muerte, del golpeteo incesante de las espadas y del sonoro entrec chocar de los escudos. Fue Catalina, tu vieja aya, quien tuvo la idea de tapizar de negro la alcoba y vestirme con las ropas negras que ahora te adornan: así había pasado el luto por su padre Isabel de Borbón, madame de Charolois, encerrada durante seis semanas y echada sobre su negra cama, vestida de calle. Así lo pasaba la reina de Francia, un año entero, en la negra habitación en la que se le había comunicado la muerte de su esposo. Tú no serías menos, Leonoreta, tu vieja aya no lo iba a consentir, y por eso organizó de inmediato todo lo necesario para que vivieras en soledad tu dolor; ocho semanas, pues ella te consideraba superior a

madame de Charolois. Tú la dejabas hacer, sumergida en el mar de lágrimas de los primeros momentos, sintiendo cómo se te desgarraban las entrañas por el amor destrozado, por un dolor tan punzante que creías que te mataría, allí mismo, en el estado de tu propia alcoba, sentada sola en una silla rígida mientras Catalina daba órdenes y disponía la estancia para la ceremonia de la desolación. Todo lo veías borroso, con los ojos cubiertos de lágrimas, y solo eras capaz de oír los latidos rápidos de tu corazón, apagados poco a poco por los gritos desgarrados que comenzaron a brotar en tus labios y que te llevaron de golpe a la desesperación, a la necesidad de arañar tu rostro nevado, de arrancar tus cabellos dorados, de golpear tu pecho, como si el dolor hubiera que manifestarlo siempre con la violencia contra uno mismo. No querías vivir más: sentías que la vida era ya algo ajeno y extraño, un rito que solo podrían celebrar los demás, los que no tenían el corazón hecho pedazos y el alma en carne viva. Quizás por eso aceptaste los designios de Catalina: te lavaste todo el cuerpo en agua templada, te vestiste de luto, asististe a una misa por el eterno descanso de Ricardo (incienso, cera y latines murmurados), entraste otra vez en tu alcoba, ya cubierta de negro, y te echaste en tu cama, entre almohadones, a pasar allí las ocho semanas de encierro. Solo las horas de la comida rompían tu soledad por un instante, cuando te llevaban los alimentos: el resto lo componían la pena sin fondo y el silencio escandaloso de la estancia solo habitada por ti.

Pero ya son tres semanas. Menos de la mitad del tiempo establecido y ya te parece que han transcurrido años, que será imposible permanecer allí hasta el final. El dolor sigue intacto, como la tristeza que pesa sobre ti como una losa; las lágrimas ya se secaron, dejando tus ojos arrasados, tu rostro desgastado por la pena y por la ausencia. Sin embargo, la

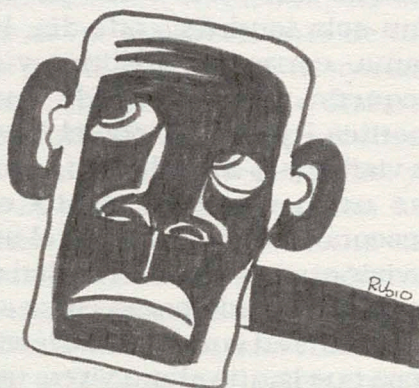
oscuridad de la habitación, su frialdad de tumba, te sumergen en el horror de la muerte, te impiden superar el duro golpe de tu viudez precipitada. La cama te agobia con su abrazo blando, ineludible, tan prolongado ya que te parece que siempre has estado allí tumbada, negro sobre negro, soledad sobre soledad, tristeza sobre tristeza. Malos tiempos, Leonoreta. Malas costumbres y mala vida, en el camino inevitable de la muerte. No sabes qué habrá tras las ventanas fuertemente cerradas de tu estancia negra; imaginas la primavera esparcida por los campos, como en otros años, el horizonte inalcanzable, sin nombre y sin lugar. Y te estremeces entera, rodeada de sombras, al imaginar un mundo que no conoces, que trasciende la soledad y la muerte, la tristeza y el encierro. Por eso te has levantado de tu cama, Leonoreta, y te has paseado por la alcoba, en la oscuridad, y te has sobresaltado al ver el movimiento de tu propio cuerpo, resbalando fugaz por el espejo con la ayuda de la luz inquieta de las velas, y te has sentido libre al andar, muy lenta, como si flotaras sobre la alfombra negra que cubre el suelo de la habitación. No sabes si es de día o de noche, y te da miedo comprobarlo, pero te sientes inquieta, con la certidumbre de que no está bien lo que haces, como si estuvieras cometiendo el más horrible de los pecados contra Dios. Con el candelabro en la mano recorres la estancia, muy despacio, hasta llegar a la altura de una de las ventanas, y corres decidida la cortina negra que la cubre. Luego abres con avidez las recias contraventanas de madera, y la alcoba se inunda de una luz polvorienta que ciega tus ojos y te obliga a cerrarlos fuertemente. Cuando por fin puedes volver a abrirlos, las telas negras se te ofrecen iluminadas, con una claridad sucia. Y te acercas a la ventana, Leonoreta, para ver los campos extendidos allá abajo, donde está la vida, una vida que renace en ti con la luz del día, manchando y

violando la sobria negritud de tu luto. Tal vez mañana la soledad se haga más llevadera y las semanas transcurran más rápidas. Puede ser que desde ahora la negra oscuridad que te acompaña quede impregnada de ese rectángulo de luz solar que entra insolente en tu cuarto. Por un momento piensas en escapar, en salir a los amplios corredores y huir hacia el campo florido que ves desde tu ventana: quieres buscar la libertad más allá del luto tenebroso que se te impuso y que tú aceptas como algo normal y propio de tu condición. Pero en tu interior brota la contradicción, la inseguridad, el miedo a unos tiempos bárbaros y dominados por la muerte. No te irás Leonoreta: consumirás el tiempo que te queda por vivir en esta habitación negra, en soledad, cumpliendo con el rito de la viudez, entre los recuerdos agrídulces de un pasado tan corto como tu existencia breve y desgraciada. Tan solo tendrás, cada día, la debilidad de levantarte de la cama, correr las cortinas y abrir la ventana para ver esa pequeña parcela de vida que late en la campiña y en los montes lejanos, donde el horizonte difumina los perfiles de lo visible y lo invisible. Así será, día tras día, hasta el final de las ocho semanas de tu encierro. Después llegará lo desconocido, de nuevo en el mundo, sola y ausente. Empezar a vivir otra vez, en la frialdad de estos tiempos terribles. Pero eso será cuando pasen cinco semanas y te vuelvas a enfrentar a la realidad cotidiana de la vida, si es que la realidad es otra cosa que la que ahora vives, tan palpable y contundente como tu triste cuerpo de joven viuda, desgastado por la soledad y por la pena entre las paredes gruesas y negras de tu estancia. Malos tiempos, Leonoreta: los que son y los que serán. Tiempos fríos y monótonos. Tiempos de soledad, en medio de la vida que fluye y que pasa a tu lado, como un soplo, como una brisa leve que se escapa cuando parece que la vas a atrapar con toda la fuerza de tus pulmones. Y ya no vuelve.



¿G-8?

HUNDIDOS...



Rb10

Índice

	<u>pág</u>
Miguel Ángel Curiel.....	5
Manuel Quiroga Clérigo.....	10
Vanesa Jiménez García.....	33
Paco Morata.....	36
Lola López Díaz.....	37
Ángel del Valle Nieto.....	40
Marcos Bravo.....	42
María Antonia Ricas.....	46
Jesús Pino.....	49
M ^a Auxiliadora López Rodríguez.....	54
Joaquín Copeiro.....	58
Francisquillo.....	66
Anabel Gutiérrez León.....	69/79
Juan Carpa.....	76
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	87
Ilustraciones: Jesús García.....	34/38/45/52/65/75
Jesús Rubio.....	68/78/86/94



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo
